

SUR

REVISTA MENSUAL

SALA de REVISTAS
Biblioteca Nacional

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
VICTORIA OCAMPO

ENERO DE 1949

AÑO XVII

BUENOS AIRES

SLUR



DIRECTOR OF THE BUREAU OF THE ARMY

WASHINGTON, D.C.

NO 100

NO 100

NO 100

S U M A R I O

E L I O V I T T O R I N I

CONVERSACIÓN EN SICILIA

R O S A C H A C E L

*BAUDELAIRE Y EL "BAUDELAIRE"
DE SARTRE*

J O R G E C A L V E T T I

*HABLA UN SOLDADO DE LA
CONQUISTA*

T O M H O P K I N S O N

ENCUENTRO EN EL CREPÚSCULO



C R Ó N I C A S

Dardo Cúneo: De un siglo de marxismo ☆ *Hernán Rodríguez:*
La "UNESCO" y el artificio de los mundos aparte ☆ *NOTAS*
DE LIBROS ☆ *Eduardo González Lanuza: Guillermo de*
Torre: "Valoración literaria del Existencialismo" ☆
Carlos Mastronardi: Nuevas tendencias de la novela
policia ☆ *CALENDARIO.*

1812

1813

1814

1815

1816

1817

1818

1819

1820

1821

1822

1823

1824
1825
1826
1827
1828
1829
1830
1831
1832
1833
1834
1835
1836
1837
1838
1839
1840
1841
1842
1843
1844
1845
1846
1847
1848
1849
1850
1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

CONVERSACIÓN EN SICILIA¹

Yo había estado muy enfermo durante meses, algún tiempo antes, y conocía la profunda miseria de estar enfermo, esa profunda miseria en la miseria de los humildes, especialmente cuando está uno en cama desde hace veinte, treinta días, y permanece uno entre cuatro paredes, uno y las cosas de tela de la cama, las cosas de metal de la cocina, y la madera de las sillas, de la mesa, del armario.

No quedan, entonces, sino esas cosas en el mundo, y se miran esas cosas, los muebles, pero no puede hacerse nada, no puede uno hacerse un caldo de silla o de armario. Y sin embargo es tan grande el armario, habría para comer durante un mes. Y se miran esas cosas como si fueran cosas para comer; y quizá por ello los chicos se vuelven peligrosos, y rompen, rompen...

¹ Elio Vittorini es una de las más grandes revelaciones italianas y europeas de los últimos años. Ha participado activamente en la vida política de su país, primero en la resistencia clandestina, después como afiliado del Partido Comunista. Actualmente dirige la revista "Politecnico", de Milán. Ha publicado, entre otros libros, *Uomini e no*, *Il Sempione strizza l'occhio al Frejus*, *Il garofano rosso*. *Conversazione in Sicilia* apareció en vísperas de la guerra, por un descuido de la censura fascista, y poco después la edición original fué secuestrada. La prosa de Vittorini refleja una percepción directa del mundo de nuestros días, que tan bien conoce el autor, y otra percepción subterránea, fundamentalmente poética. Bajo la urgencia dramática de las palabras, sentimos correr una parsimonia dulce, contemplativa. Las ásperas preguntas del hombre, en esta novela, no quedan sin respuesta; responde a ellas el maternal sosiego de la tierra natal; de la isla natal, diríamos. Vittorini, como Pirandello, es siciliano.

Agradecemos a la Editorial Bompiani que nos haya permitido, por intermedio de la librería "San Marcos", de Buenos Aires, traducir los capítulos que publicamos a continuación. (N. de la R.)

El más pequeño tiene todo el día en la boca una pata de la silla, y grita si la madre trata de quitársela. Ella, la madre, o sea la mujer, o la muchacha, en suma, mira los libros y de vez en cuando toma uno y se pone a leer. Pasa horas hojeando y leyendo. Y el enfermo pregunta:

—¿Qué lees?

La mujer no sabe qué cosa lee, pero un libro puede ser cualquier cosa, un diccionario o una vieja gramática. Entonces dice el enfermo:

—Tan luego ahora quieres hacerte una cultura.

Y la mujer deja el libro, pero luego vuelve a mirar la hilera, de libros, sí, no de cosas que se comen, y otra vez toma uno, y entonces sale y está fuera de casa parte de la tarde.

—¿Por cuánto lo vendiste? — pregunta después el enfermo.

La mujer dice que lo ha vendido por una lira y media, y el enfermo no está muy contento, no entiende nunca muy bien la situación. Tiene a su lado una fiebre impertérrita, desde hace días y días, en la vieja cama. Y sin embargo querría algo, algo que saliera de aquel libro que fué suyo cuando él era un muchacho, y aguarda quizás un poco de caldo, y al fin vocifera contra su mujer que en vez ha comprado pan y queso para ella y para los chicos.

—Gavilanes — dice de los chicos.

Ellos, en la escuela, reciben todos los días un plato de sopa. Es una buena idea esa de dar en la escuela un plato de sopa a los hijos de la gente que se muere de hambre. Pero más bien resulta un aperitivo. Después de esa cucharada de sopa los chicos vuelven a casa con los dientes afuera, y no entienden razones, quieren comer a toda costa, y son como fieras, devoran las patas de las sillas, querrían devorar al padre y a la madre. Si un día encontraran solo al enfermo, lo devorarían. Sobre la mesita de noche, junto al enfermo, están los medica-

mentos. Los chicos llegan de la escuela, con los dientes afuera, aguzados, con el hambre aguzada, y se acercan al enfermo: querrían comérselo, llegan con paso de lobo... Pero la madre está en casa, y los chicos dejan al enfermo, se lanzan sobre los remedios.

—Gavilanes — dice el enfermo.

Y mientras tanto el hombre del gas ha cortado el gas, el hombre de la luz ha cortado la luz, hay que pasar largas noches a oscuras en el cuarto del enfermo. Tan sólo el agua no ha sido cortada; el hombre del agua viene cada seis meses, y así no se corre peligro inmediato de que llegue y corte el agua, y se toma, se toma, se toma toda el agua posible, cocida de cualquier modo, y hasta cruda.

Pero está la dueña de la casa que llega todos los días, quiere ver al “señor enfermo”, quiere mirarle la cara, y cuando entra y lo ve, le dice:

—Bien, señor enfermo, mucho lujo no pagar el alquiler y quedarse en cama... Mándeme por lo menos a su mujer a lavarme los platos.

Y la mujer va con la dueña de la casa a lavar los platos, a lavar los pisos, todo a cuenta del alquiler que no se paga; y el enfermo queda solo en casa largas horas con la fiebre impertérrita, a su lado, que lo golpea en la cara, lo golpea, lo sacude como aprovechándose de su soledad.

Vuelve la mujer y el enfermo le pregunta si la dueña de la casa no le ha dado nada.

—Nada — dice la mujer.

Nunca trae nada.

—Al menos, ¿por qué no vas a recoger verduras silvestres? — pregunta él.

Dice la mujer:

—¿Dónde?

Sale de casa, anda por las calles y llega al parque; hay hierba en el prado, hay verde sobre los árboles, es verdura; y ella arranca hierba, arranca ramas de abetos y pinos, y luego va también a los jardines y arranca flores y vuelve con verduras a su casa, hojas y flores escondidas en el pecho. Y lo echa todo encima del enfermo, y es un hombre entre flores.

—Aquí está —dice la mujer—. ¡Verduras!

Yo conocía esto y más que esto, podía comprender, en los humildes, la miseria de un enfermo y de la gente que lo rodea. ¿Y no la conoce todo hombre? ¿No puede comprenderla todo hombre? Todo hombre está enfermo una vez, en medio de su vida, y conoce dentro de sí a ese extraño que es el mal, y su impotencia con ese extraño; puede comprender a su semejante...

Pero quizá no todo hombre es hombre, y no todo el género humano es género humano. Es ésta una duda que llega, bajo la lluvia, cuando tiene uno los zapatos rotos, y ya nadie en especial que le ocupe el corazón, nada especial en su vida, nada hecho y nada por hacer, nada tampoco que temer, nada que perder, y ve, más allá de sí mismo, las matanzas del mundo. Un hombre ríe y otro llora. Los dos son hombres, también el que ríe ha estado enfermo, está enfermo; y sin embargo ríe *porque* el otro llora. Puede matar, perseguir, y uno, en la desesperanza, lo ve reír en los diarios y en las declaraciones de los diarios, y no está con el que ríe, sino que llora, en la quietud, con el otro que llora. No todo hombre es hombre, pues. Uno persigue y otro es perseguido; y el

género humano no es todo el género humano, sino tan sólo el del perseguido. Matad a un hombre; será más hombre. Y así es más hombre un enfermo, un hambriento; y más género humano es el género humano de los muertos de hambre.

Pregunté a mi madre:

—¿Qué piensas tú?

—¿De qué? — dijo mi madre.

Y yo:

—De todos éstos a quienes pones inyecciones.

Y mi madre:

—Pienso que quizá no podrán pagarme.

—Muy bien —dije yo—. Y todos los días vas lo mismo a casa de ellos, a ponerles la inyección, y esperas que de algún modo puedan pagarte. Pero, ¿qué piensas de ellos? ¿Qué piensas que son?

—No espero —dijo mi madre—. Sé que algunos pueden pagarme y otros no. No espero.

—Y sin embargo los visitas a todos —dije yo—. Pero ¿qué piensas de ellos?

—¡Oh! —exclamó mi madre—. Si visito a uno, puedo visitar también a otro. No me cuesta nada.

—Pero ¿qué piensas de ellos? ¿Qué piensas que son? — dije.

Mi madre se detuvo en medio de la calle por donde caminábamos y me lanzó una mirada ligeramente estrábica. Y dijo, sonriendo:

—¡Qué preguntas extrañas me haces! ¿Qué debo pensar que son? Son pobre gente con un poco de tisis o un poco de malaria...

Sacudí la cabeza. Yo hacía preguntas extrañas, mi madre podía comprenderlo, y sin embargo no me daba respuestas extrañas. Y yo quería eso, respuestas extrañas. Pregunté:

—¿Nunca has visto a un chino?

—Por supuesto —dijo mi madre—. He visto a dos o tres... Pasan vendiendo collares.

—Bueno —dije—. Cuando encuentras a un chino y lo miras y ves, en el frío, que no tiene sobretodo, que tiene el traje hecho jirones y los zapatos rotos, ¿qué piensas de él?

—Ah, nada de especial —contestó mi madre—. Veo a muchos otros, de los nuestros, que no tienen sobretodo para el frío, y tienen el traje hecho jirones y los zapatos rotos.

—Bien —dije yo—. Pero es un chino, no conoce nuestro idioma y no puede hablar con nadie, nunca puede reír, anda entre nosotros con sus collares y corbatas, con sus cinturones, y no tiene pan, no tiene dinero, y nunca vende nada, no tiene esperanza... ¿Qué piensas cuando lo ves tan pobre, pobre chino sin esperanza?

—Oh —dijo mi madre—. Veo así a muchos de los nuestros. Pobres sicilianos sin esperanza.

—Lo sé —dije—, pero él es chino. Tiene el rostro amarillo, tiene los ojos oblicuos, la nariz aplastada, los pómulos salientes, y quizás hiede. Más que todos los otros, no tiene esperanza. No puede tener nada. ¿Qué piensas de él?

—Oh —respondió mi madre—. Mucha gente que no es china tiene el rostro amarillo, la nariz aplastada, y quizás hiede. No son pobres chinos, son pobres sicilianos, y sin embargo no pueden tener nada.

—Pero piensa —dije— que él es un pobre chino que está en Sicilia, no en la China, y ni siquiera puede hablar del tiempo con una mujer. Un pobre siciliano, en cambio, puede...

—¿Por qué un pobre chino no puede? —preguntó mi madre.

—Bueno —dije—. Imagino que una mujer nada daría a un pobre buhonero que fuese chino en vez de siciliano.

Mi madre reflexionó, severa:

—No lo sabría — dijo.

—¿Ves? —dije—. Un pobre chino es más pobre que los demás. ¿Qué piensas de él?

Mi madre estaba irritada.

—¡Al diablo con el chino! — dijo.

Y yo exclamé:

—¿Ves? Es más pobre que todos los pobres y tú lo mandas al diablo. Y cuando lo mandas al diablo, y lo ves tan pobre en el mundo, sin esperanzas, mandado al diablo, ¿no te parece más hombre, más género humano que todos?

Mi madre me miró, siempre irritada:

—¿El chino? — dijo.

—El chino —dije—. O también el pobre siciliano que está enfermo en una cama, como ésos a quienes les pones la inyección. ¿No es más hombre y más género humano?

—¿Él? — dijo mi madre.

—Él — dije yo.

Y mi madre preguntó:

—¿Más que quién?

Yo respondí:

—Más que los otros. Está enfermo... Sufre.

—¿Sufre? — exclamó mi madre—. Es la enfermedad.

—¿Sólo la enfermedad? — dije.

—Quita la enfermedad y todo habrá pasado —dijo mi madre—. No es nada... Es la enfermedad.

Entonces yo pregunté:

—Y cuando tiene hambre y sufre ¿qué es?

—Bueno, es el hambre — respondió mi madre.

—¿Sólo el hambre? — dije.

—¿Cómo no? —dijo mi madre—. Dale de comer y todo habrá pasado. Es el hambre.

Sacudí la cabeza. No podía obtener respuestas extrañas de mi madre. Sin embargo, pregunté todavía:

—¿Y el chino?

Entonces mi madre no me dió respuesta, ni extraña ni no extraña, y se encogió de hombros. Tenía razón, naturalmente: quitad la enfermedad al enfermo, y no habrá dolor; dad de comer al hambriento, y no habrá dolor. Pero ¿qué es el hombre en la enfermedad? ¿Qué es en el hambre?

¿No es el hambre todo el dolor del mundo que se ha vuelto hambre? ¿No es el ser humano, en el hambre, más hombre? ¿No es más género humano? ¿Y el chino?...

.....

Pero yo estaba cansado de esos enfermos y de esas mujeres, y contrarié a mi madre, y no quise subir con ella para ver a la señorita.

Llegamos al palacio, en medio del monte de casas, y le dije:

—Aquí te espero.

—¿Qué historia es ésta? — gritó mi madre.

Se volvió como para golpearme, como una madre ofendida, pero me halló hombre de treinta años, no ya un muchacho, casi un desconocido; y habló y gritó. “¡Qué tonto!”, gritó. Pero yo vencí, porque verdaderamente no quería subir; la rueda del viaje se había detenido

en mí, de improviso. ¿A qué ver a otra mujer, a otro enfermo? ¿Con qué fin? ¿Con qué fin para mí? ¿Con qué fin para ellos?

Muerte e inmortalidad no me eran desconocidas; y Sicilia o el mundo eran la misma cosa. Miré el palacio e imaginé, en su interior, a la mujer ya dispuesta para la aguja de mi madre y para mis ojos, para el hombre; y rehusé imaginarla más inmortal que otra mujer cualquiera o que un enfermo, o un muerto. Me senté sobre el paragolpes de un automóvil. “Aquí te espero”, dije otra vez a mi madre.

Luego, mientras esperaba, vi venir desde el valle una cometa y la seguí pasar con los ojos en la alta luz, y me pregunté por qué, después de todo, el mundo no sería siempre, como a los siete años, el de *Las mil y una noches*. Oía las zampoñas, las campanas de las cabras, y voces por la escalinata de los techos, voces por el valle, y muchas veces me lo pregunté mientras contemplaba la cometa. En Sicilia se llama dragón volante, y en cierto modo es China o Persia por el cielo siciliano, zafiro, ópalo y geometría, y yo no podía no preguntarme, mirándola, por qué verdaderamente la fe de los siete años no existe siempre en el hombre.

¿O será, tal vez, peligrosa? Uno, a los siete años, ve milagros en todo, y tiene la certeza de su desnudez, y de la mujer, como supongo que ella, costado nuestro, la tiene de nosotros. La muerte existe pero nada quita a la certeza; nunca ofende, entonces, al mundo de *Las mil y una noches* del hombre. Muchacho, no pide uno otra cosa que papel y viento, sólo tiene necesidad de remontar una cometa. Sale, remonta la cometa, y es grito que de él se levanta, y el muchacho la lleva por las esferas con el largo hilo que no se ve, y así su fe consume, celebra la certeza. Pero después ¿qué haría con la certeza? Después conoce uno las ofensas inferidas al mundo, la impiedad y la servidumbre, la injusticia entre

los hombres y la profanación de la vida terrena contra el género humano y contra el mundo. ¿Qué haría entonces aunque siempre tuviera certeza? ¿Qué haría?, se pregunta uno. ¿Qué haría, qué haría?, me pregunté.

Y pasó la cometa, bajé los ojos del cielo, y vi a un afilador que se había detenido junto al palacio.

ELIO VITTORINI

B A U D E L A I R E Y^o EL "BAUDELAIRE" DE SARTRE

El libro "Baudelaire par Jean-Paul Sartre" se muestra en las librerías con una faja que lleva únicamente los dos primeros versos de "L'Héautontimorouménos"

*Je te frapperai sans colère
Et sans haine, —comme un boucher!*

Si estos dos versos pretenden definir la posición del crítico ante su víctima, está claro que definen esa actitud *ecuánime* a la que nuestro siglo *exánime* concede la más amplia impunidad.

El haberlos destacado así, faltos del tercero que los completa

Comme Moïse le rocher!

y que da el sentido total del poema —el hombre que se hiere a sí mismo para hacer brotar la fuente viva del dolor— demuestra que han sido puestos en ese lugar como medida de precaución ante la opinión pública, como marchamo de la convencional y ofusadora objetividad de nuestra época.

El libro termina con este párrafo: "le choix libre que l'homme fait de soi-même s'identifie absolument avec ce qu'on appelle sa destinée" y esta conclusión a la que llega mediante numerosos y fáciles aciertos no es de objetar: lo que hace falta considerar despacio es lo que en el libro se da como *elección* y como *destino*.

En la vida de Baudelaire es muy pertinente el sistema psicoanalítico que Sartre le aplica, si se quiere alcanzar el hecho decisivo que en

sus primeros años determinó el precipitado de su ser en una concreción de fidelidad que las ulteriores convulsiones de su libertad no llegaron a disolver. Pero el análisis no puede considerarse logrado mientras no se demuestre de modo incontestable que su *fidelidad* y su *libertad* eran dos cosas distintas o por el contrario que eran una sola.

Sartre sitúa —como es lógico— el momento de su *elección libre* en la época decisiva de los siete años de Baudelaire, cuando su madre se casa con el general Aupik y le recluye en un internado. Esta reclusión que significa la ruptura de todos los vínculos de su alma le arroja “sans transition dans l'existence personnelle”... “A sa fureur d'avoir été chassé se mêle un sentiment de déchéance profonde. Il écrira, dans *Mon coeur mis à nu*, en pensant à cette époque: *Sentiment de solitude, dès mon enfance, malgré la famille et au milieu des camarades, surtout — sentiment de destinée éternellement solitaire*. Déjà il pense cet isolement comme une destinée. Cela signifie qu'il ne se borne pas à le supporter passivement en formant le souhait qu'il soit temporaire: il s'y précipite avec rage au contraire, il s'y enferme et, puis-qu'on l'y a condamné, il veut du moins que la condamnation soit définitive. Nous touchons ici au choix originel que Baudelaire a fait de lui-même, à cet engagement absolu par quoi chacun de nous décide dans une situation particulière de ce qu'il sera et de ce qu'il est. Délaissé, rejeté, Baudelaire a voulu reprendre à son compte cet isolement. Il a revendiqué sa solitude pour qu'elle lui vienne au moins de lui-même, pour n'avoir pas à la subir”.¹ Definido así, por decisión propia, su personalidad se va afirmando en la alteridad, desafiando con ella a los que le atormentan. La afirmación extrema de sí mismo se identifica con una negación igualmente extrema que le aísla en la conciencia reflexiva, que le lleva a considerar su vida como un destino cumplido y cerrado en el

¹ Dejo en francés largos párrafos porque, no pudiendo negar los hechos, no quiero suscribir su forma de expresión.

que la idea del suicidio es como una recuperación última de su ser, que, deteniendo su vida, la transforme en una esencia dada para siempre y para siempre creada por él mismo.

“Mais cette expérience du délaissement et de la separation n’a pas pour contre-partie positive la decouverte de quelque vertu bien particulière qui le mette tout de suite hors de pair.” Según Sartre la alteridad que Baudelaire encuentra es meramente formal; afirma que “les hommes ne sont jamais des merles blancs” y que Baudelaire, no pudiendo contemplar la blancura de sus alas, es decir, no encontrando cualidades positivas en el vacío de la pura conciencia de sí mismo, se refugia en el orgullo estoico, gratuito, inútil, tratando de comprender su unicidad. “L’attitude originelle de Baudelaire est celle d’un homme penché. Penché sur soi comme Narcisse.” Y a diferencia de todos nosotros, que nos es suficiente ver un árbol o una casa para absorbernos en su contemplación, olvidados de nosotros mismos, Baudelaire no se olvida jamás: “Il se regarde voir, il regard pour se voir regarder, c’est sa conscience de l’arbre, de la maison qu’il contemple et les choses ne lui apparaissent qu’au travers d’elle, *plus pâles, plus petites, moins touchantes*, comme s’il les apercevait à travers une lorgnette.”

Subrayo esas palabras invitando al lector a reflexionar sobre ellas: en la opinión de Sartre, Baudelaire tenía una visión del mundo más pálida, más pequeña, menos conmovedora que el resto de los mortales, Sartre inclusive.

No es posible rebatir detalle por detalle este minucioso estudio en el que las observaciones sagaces conducen indefectiblemente a las más torpes conclusiones. Y no poseyendo el arte de hacer resúmenes breves, me limitaré a estudiar sólo algunos de los puntos más importantes.

Baudelaire, aislado voluntariamente en su alteridad, desarrolla su conciencia reflexiva tratando de ser su propio objeto. No atreviéndose a aceptar la responsabilidad de los constructores de morales nuevas, acep-

ta la moral establecida y reivindica el Mal como única posibilidad de acción ante el Bien.

“Or pour celui qui examine d'un peu près la vie et les oeuvres du poète, ce qui frappe c'est qu'il a reçu d'autrui ses notions morales et qu'il ne les a jamais remises en question.”

Este párrafo de Sartre recuerda la desaprensiva ingenuidad de aquellos muchachos de hace veinte años que afirmaban que los que vivían según la moral burguesa y católica —más tarde emplea estas mismas palabras—, los que aceptaban los principios heredados, o no se habían tomado el trabajo de reflexionar, o su inteligencia no daba para ello, o eran perversos, dignos de exterminio. Por contraste recuerda también las encendidas y desaforadas páginas de Péguy sobre el honor y el amor. Páginas tan interjectivas y delirantes que merecerían ser de un español y tan justas científicamente, tan químicamente puras, que informan hasta la saciedad sobre los vínculos —positivos, vitales, reales— entre ideas y afectos.

La estancia del alma de Baudelaire donde sucede esa milagrosa conjunción que su obra testimonia, es inexpugnable para Sartre, y su aserto es tan banal existiendo tal testimonio, que queda refutado sólo con aclarar quién fué *el otro* de quien recibió sus nociones morales y por qué no se paró a examinarlas.

Al analizar en los borrascosos comienzos de la vida de Baudelaire el momento que sucede a la ruptura de la *unión erótica* con su madre, Sartre, no más lejos de la segunda página del libro, ya conceptúa esta unión de *incestuosa*, aunque no más lejos de la tercera habla del carácter sagrado de esta unión. Así desde el principio nos encontramos ante uno de esos vacuos aciertos, ante una de esas verdades inanes que nuestro siglo consume como pan de cada día: el famoso complejo de Edipo.

Todos sabemos que en tan afortunada fórmula se encierra un hecho registrado desde siempre por el folklore universal. La unión erótica

del niño con la madre no fué nunca un secreto para las campesinas que abundan en proverbios bien explícitos. Tratar este tema tal como se trata hoy día en literatura no aclararía nada. Tratarlo al modo antiguo en toda su simplicidad es lo único pertinente, porque el modo antiguo es simple: al drama de Edipo, la conducta de Edipo y punto final. La sabiduría antigua conoce esa relación como un hecho natural y nada complejo.

En toda la obra de Baudelaire, incluyendo escritos íntimos y correspondencia, no hay un solo detalle que permita afirmar el concepto de incestuoso. Por no ser prácticamente posible hacerlo, Sartre recarga de sentido místico párrafos como éste, de una carta a su madre: "J'étais toujours vivant en toi, tu étais uniquement à moi, tu étais à la fois une idole et un camarade", cuando el verdadero y único contenido de este párrafo es amor. Simplemente, el amor humano empieza así. Lo que pasa es que en la mayor parte de los casos todo se reduce a una querencia elemental que retiene a las crías al calor de la madre o a un impulso que lleva al animal u hombre adulto a prodigarse en la hembra. Pero cuando el ser que nace a la vida intuye esa mutua pertenencia, el fenómeno que está viviendo es tan real, tan normal, tan absolutamente amor, como lo será más tarde si llega a su plenitud el movimiento que le lleve a prodigarse en la posesión y en la entrega.

Baudelaire no pudo llegar a esa plenitud porque fué traicionado y abandonado en su primera etapa, que es precisamente en la que la naturaleza no ha previsto ese fatal desenlace. El organismo psíquico en la infancia no tiene recursos para sobrevivir a ese hecho contra natura, y los tiene menos cuanto más poderosa, sana y efectiva haya sido la relación.

No hay porqué tomar al pie de la letra la expresión "tu étais une idole"; es una simple frase de amor que Baudelaire repite mil veces en su poesía cuando quiere realzar el poder y la eficiencia de la imagen. Sartre insiste en que el niño estaba *consagrado* por el afecto que ella le

profesaba, en que se creía "fils de droit divin", en que no era, ni quería ser, más que una emanación de la divinidad, para llegar a la conclusión de que "parce qu'il s'absorbe tout entier en un être qui lui paraît exister par nécessité et par droit, il est protégé contre toute inquiétude, il se fond avec l'absolu, il est justifié", pues lo que Sartre trata de demostrar a lo largo de todo el libro es que Baudelaire vivió el resto de sus días añorando esta dependencia y que todos sus males dimanaban de haber afirmado su alteridad anulándose, en vez de crear una moral que le liberase y le justificase. Sartre encuentra que Baudelaire no puso en juego su libertad, que aceptó la esclavitud a una moral banal sufriendo sus consecuencias por falta de ánimo, de originalidad moral, de responsabilidad. Porque lo que pasa es que a Sartre no le gusta la moral de Baudelaire, ni le gusta ni la comprende; todas sus leyes fundamentales le escapan; todas las razones de amor que son su fuerza, su potencia creadora, su mundo positivo le parecen únicamente negaciones. Sartre cree que Baudelaire podía haber esquivado el infortunio proclamando, como Gide, una moral capaz de justificar su singularidad. Pero los casos psicológicos de estos dos grandes hombres son tan opuestos que suponer en ellos una posible semejanza de conducta significa ignorarlos. Gide descubre en sí mismo una particularidad que le diferencia del mundo que le es dado; Baudelaire asiente a todas las nociones que recibe en el clima del amor, arraiga en ellas y desde ellas se proyecta. Apenas desarrollados los miembros de su libertad —Baudelaire sentía la voluntad como un miembro (carta a Malassis)—, un cataclismo de infidelidad derrumba las estancias que se disponía a habitar, hace callar las palabras a las que se disponía a responder, apaga el universo donde se disponía a existir. La consecuencia quedaría rota si Baudelaire no mantuviese con toda responsabilidad su voluntad, pero no su voluntad de quedarse en aquello sino su voluntad de continuar aquello aun contra aquello.

Las nociones morales que Baudelaire ha recibido de otro, las ha

recibido del ser que le ha dado el universo y que le ha dado a sí mismo. Pararse a examinarlas sólo podría servirle para corroborar su adhesión a ellas: eran las nociones morales que habían hecho la grandeza de Francia, de Europa, del mundo, y su asentimiento, por encima de todo examen, tenía que ser un asentimiento integral.

He señalado el último y concluyente párrafo del libro y creo ahora necesario transcribir el primero: “Il n’a pas eu la vie qu’il méritait”. De cette maxime consolante, la vie de Baudelaire semble une illustration magnifique. Il ne méritait pas, certes, cette mère, cette gêne perpétuelle, ce conseil de famille, cette maîtresse avaricieuse, ni cette syphilis — et quoi de plus injuste que sa fin prématurée? Pourtant, à la reflexion, un doute surgit: si l’on considère l’homme lui-même, il n’est pas sans faille ni, semble-t-il, sans contradictions: ce pervers a adopté une fois pour toutes la morale la plus banale et la plus rigoureuse, ce raffiné fréquente les prostituées les plus misérables”...

Hay una época en la vida de Baudelaire, a partir de los siete años, que no puede ser esclarecida a fondo. De la estancia, en el internado, del viaje a Oriente, de la temporada con el general Aupik, se conocen los hechos externos: falta todo dato de fuente propia para reconstruir su entrada en la pubertad. Un corte, un silencio aislador separa su vida erótica de los primeros años (dando por sentado que la suya, como la de todo poeta, es una vida erótica desde el primer día de su vida o acaso de su concepción) de su juventud ya curtida en la práctica de la sexualidad mercenaria. Que este vano existe y que no hay medio de reconstruirlo lo demuestra el salto abrupto que se nota en el poema “Benediction” donde, faltando a toda lógica —proceder antibaudeleriano en el que no pudo incurrir sin causa—, desconcierta con la inconsecuencia de estos versos, que cito salteados, conservando sólo su hilación como relativo. “L’enfant déshérité s’enivre de soleil... Il joue avec le vent, cause avec le nuage... Tous ceux qu’il veut aimer l’observent avec crainte...”

Dans le pain et le vin destinés à sa bouche... Sa femme va criant sur les places publiques..." ¿Qué significa esto? ¿Por qué la mente matemática de Baudelaire obliga al lector a saltar sin transición de los juegos y ensoñaciones infantiles a los desastres originados por su mujer? Este vano, que implica unos diez años, queda contenido en lo que Sartre señala como su famosa "fêlure", según cita de Buisson. "Baudelaire était une âme très delicate, très fine, originale et tendre, qui s'était fêlée au premier choc de la vie", expresión tan exacta que se hace insustituible. La imagen del vaso quebrado en el que se mantiene la totalidad de la materia, pero en el que la rajadura imperceptible altera la unidad de la vibración, puede servir para explicar totalmente el fenómeno Baudelaire.

El espacio abierto por esa grieta se puede considerar de modos diversos: en él caben las conjeturas de todos los hechos más o menos sabidos, pero si se prescinde de los hechos y se atiende sólo a la decisión, a la existencia responsable y libre, su dimensión es un momento. De modo que la vida que iba a tener, la que aquí tratamos de dilucidar si merecía o no, queda decidida en la *extensión* de ese *momento*. Subrayo la paradoja de estos dos términos pues, considerándolos desde fuera, tenemos que embutir en ese momento un largo y minucioso tiempo. Momento era para él sólo, tan uno como una mirada, como una noción inmediata: el momento de su fidelidad ante la infidelidad.

En la inmensidad de ese momento entran todas las suposiciones hechas y por hacer de aberración y de iniciaciones torpes y azarosas.

Sartre, desde su moral —¡suya, ciertamente!— y su ateísmo, por un escrúpulo loable, no suscribe la idea lanzada por alguien, y en su opinión cómica, de que Baudelaire abrigase una pasión por el general Aupik. Pues bien, como lo que aquí trato de expresar no es mi infinito dolor de creyente por el pecado —cualquier pecado— de Baude-

laire, sino mi opinión exhaustivamente analítica de todos sus posibles, a tan notable suposición sólo se me ocurre decir: ¿por qué no?

Sartre niega el platonismo en Baudelaire, no encontrando en él el menor rastro de las ideas platónicas ni de la dialéctica socrática. Es cierto que estas dos manifestaciones no aparecen en su obra, pero si espumamos de lo platónico lo humano que sobrenada entre la fluidez de los conceptos como concreción viva, y lo consideramos estructurado orgánicamente, tendremos un modo de amor basado en la percepción de la excelencia —lo arquetípico—, en la contemplación y la unión sin confusión —diálogo—, en la absoluta ilimitada posibilidad del querer sin trabas, tendremos, en una palabra, la criatura regida por la Afrodita celeste, tendremos la naturaleza de Baudelaire en la época de su integridad.

En el foco de su contemplación, en el área de lo excelente, ingresa el general Aupik, y Baudelaire no tiene una reacción de resentimiento con desvalorización del objeto causante de su desdicha; tiene una reacción de cólera contra su madre que le ha expulsado del universo donde se ama. Pero su sentido *realista* de *lo ideal* le obliga a dilatar su corazón hasta admitir que bien amado estará lo que es amado. Así su pureza mental sale intacta de esta prueba y sólo queda cortado el aliento en su vida.

Baudelaire se detiene ante el hecho incomprensible. El golpe es mortal, pero él no puede comprender la muerte porque todavía no ha descendido hacia ella. Estaba en la parte ascendente del camino y se para el borde del abismo —la “fêlure”—; su voluntad, su libertad —digámoslo así por seguir la corriente, pues serían necesarias quinientas páginas para devolver su sentido a esta ajetreada palabra— decide no bajar. Durante un cierto tiempo algunas de las imágenes de la vida real, como son paisajes, perfumes, colores, logran para él alcanzar jerarquía, mientras que otras, el despertar de la vida sexual principal-

mente, no llegan a serle notables más que como contingencias banales. Pero esto exige una aclaración más minuciosa.

Un ser poseído por el dolor no es libre. La decantada libertad humana, tanto si la consideramos desde el punto de vista existencialista, como si la miramos desde el primero y original, absoluto y no susceptible de mejora, esto es, el cristiano, tiene esta limitación. El hombre que sufre puede hacer una cosa u otra en pro o en contra de su sufrimiento, pero lo que no puede hacer es no sufrir —en Occidente al menos—; está embargado por el dolor y queda enteramente fuera de su responsabilidad el que las circunstancias fortuitas le proporcionen un goce tan poderoso que borre su sufrimiento, o le rocen con placeres tan livianos que no puedan velar siquiera el brillo del dolor. Es evidente que el despertar de la carne no dejó en Baudelaire la impresión de un descubrimiento maravilloso, y esto indica que no fué afortunado ni en las picardías del liceo, ni entre el desenfreno de la marinería, ni en la sordidez de los burdeles. Cuándo empezó a elegir, es difícil saberlo. Pero está claro hasta la evidencia que los rasgos que esboza aquí y allá no pertenecen a seres con los que pueda continuar su primera ruta hacia el amor. “L'affreuse juive”, triste y pavorosa máquina de placer, emerge, triunfa del número anónimo de los iniciadores, porque en medio de su horror está embellecida, señalada, más bien, por el primer descubrimiento de la segunda etapa. En ella brilla lo único que puede lograr conexión con lo más excelso de sus nociones primeras: la piedad.

El alma embargada por el dolor tiene siempre esa vía de acceso, pero no precisamente porque en ella se encuentre un refugio; no es la piedad hacia él como parecería poder deducirse del final del primer poema:

*Celle qui m'a bercé sur son giron vainqueur,
Et qui dans ses deux mains a réchauffé mon coeur.*

Es la vida misma de esta criatura lastimosa la que le descubre una belleza digna de ser exaltada; es su imagen rodando nocturnamente

*Et la tête et l'oeil bas, comme un pigeon blessé
traînant dans les ruisseaux un talon déchaussé*

Es el dolor en el alma y en la carne de

*...cette pauvre impure
que déesse famine a, par un soir d'hiver,
contrainte à relever ses jupons en plein air.*

Este dolor, esta injuria del frío que se personifica violando la intimidad de la mujer desgraciada, repercute en la pretérita integridad de Baudelaire; para ella la nota vibra con toda su pureza y es posible que el hecho de haber podido lograr la unión con la mujer en la piedad le desviase de la ruta homosexual que hubiera sido lógico verle seguir. Porque es lógico, es perfectamente normal, dentro de las leyes que rigen lo patológico admitido, quiero decir lo que no llega a dar derecho a encontrar la libertad en el manicomio, que ciertos seres se entreguen a la homosexualidad por no ser infieles a un amor del principio de su vida o por escarnecer al sexo que les hirió. Baudelaire no siguió por este camino, al menos de modo tan decidido que llegara a reflejarse en su obra, pero el elemento negativo es en él imponderable e impide calcular qué tiene más peso, si la voluntad de fidelidad o el deseo de escarnecer. “Je n'ai pas pour maîtresse une lionne illustre.” Esto es lo que se debe tener, a lo que hay que ser fiel. “La gueuse, de mon âme, emprunte tout son lustre”, esto es lo que él tiene: sarcasmo. Al fin elige una mujer negra que le sirve para los dos fines.

Del poema que acabo de citar es del único que Sartre transcribe en su libro un gran trozo. Por supuesto, no los versos que aquí van citados, sino los que detallan el estado de miseria corporal de la pobre Louchette y los degradantes ejercicios a que Baudelaire se entregaba

con ella, pues Sartre transcribe el poema para corroborar este párrafo: “Il n'est pas jusqu'à sa syphilis dont il ne soit l'artisan presque volontaire. Au moins l'a-t-il risquée consciemment dans sa jeunesse, car il se dit attiré par les prostituées les plus misérables. La crasse, la misère physique, la maladie, l'hôpital, voilà ce qui le séduit, voilà ce qu'il aime en Sarah «l'affreuse juive»”. Después de citar un buen trozo de versos que prefiero ahorrer al lector, pues así destacados resultan casi insostenibles, sigue para afirmar que lo que le lleva a degradarse es un deseo de autopunición, “Ce qui est sûr c'est que Baudelaire, à travers le corps misérable de Louchette, cherche à s'approprier la maladie, les tares, la hideur; il veut les prendre sur lui et s'en charger, *non par un mouvement de charité*, mais pour en brûler sa chair”. Subrayo nuevamente esas palabras para confrontar la inaudita afirmación que dejan sentada con los versos citados más arriba.

No tengo inconveniente en reconocer que mi posición ante Baudelaire es siempre tendenciosa, tan tendenciosa como la de Sartre. Para ser consecuente con ella no puedo seguir más procedimiento que el que Sartre mismo sigue, pues no hay otro: consiste simplemente en espigar de todos sus escritos los pensamientos que estén de acuerdo con la tesis que uno defiende y desechar los contrarios. Sartre afirma que es mediante estas observaciones suyas como hay que interpretar el tan comentado dolorismo de Baudelaire, y añade que “les critiques catholiques, Du Bos, Fumet, Massin, ont jeté beaucoup d'obscurité sur cette question. Ils ont montré par cent citations que Baudelaire revendique pour lui la pire souffrance: ils ont cité les vers de “Benediction”:

*Soyez béni, mon Dieu, qui donnez la souffrance
Comme un divin remède à nos impuretés,*

mais ils ne se sont pas demandé si Baudelaire souffrait pour de vrai”.

Este “mais”, que Sartre objeta, sería preciso saber bien lo que quiere decir. ¿Querrá decir que los católicos no se han preguntado

nunca a ellos mismos algo tan fundamental sobre Baudelaire, o que nunca lo confrontaron con la opinión de Jean-Paul Sartre? Si quiere decir esto último está en lo cierto, pues es innegable que de todas las opiniones existentes sobre Baudelaire, la de Sartre es la que menos puede interesarles. Y no por anticatólica: hay otras muchas opiniones que sin estar situadas en el punto de vista del catolicismo tienen gran valor: todas las opiniones que proclamaron la excelsitud de su obra.

La discusión sobre el catolicismo de Baudelaire es muy reciente, pero su gloria hace tiempo que está fuera de toda discusión, y sólo las razones y causas de ella pueden marcar el método seguro para cualquier exégesis.

Nadie tiene derecho —si es que es posible saber a qué atenerse sobre el decoro mental— a juzgar la moral de Baudelaire, sus ideas religiosas, su conducta, sus ideas políticas, sus taras, si no es *en la misma medida* capaz de juzgar su obra, capaz de señalar con exactitud matemática por qué, cómo y cuánto su obra es excelente, capaz de analizar cada una de sus palabras y dictaminar sin titubeo cuáles son las fundamentales, humana y poéticamente. Sólo los que podemos emprender esta tarea tenemos derecho a hablar de Baudelaire, y si lo hacemos, con criterio católico o no católico, no es ciertamente a los hombres a quienes debemos rendir cuentas.

Respecto a si Baudelaire sufría de veras, Sartre aduce: “*rappe-lons-nous, si nous voulons entrevoir les paysages lunaires de cette âme desolée, qu’un homme n’est jamais qu’une imposture*”. ¡La palabra clave está pronunciada!

Puede parecer que el párrafo anterior afirma que el dolor bien expresado en poesía es verdadero, lo cual no es exacto, como todo el mundo sabe: la verdad y la mentira de los hechos se hermanan bajo el velo de la ficción poética. Pero la mentira a la que se puede llamar impostura no es una mentira de hechos: es una mentira básica, funda-

mental, una mentira que puede resistir a veces el mazazo de la verdad, pero no la carcoma del tiempo, y que cuando se derrumba deja caer el embeleco —el hombre— que mantenía. El buen conocedor, cuando tantea una obra, ve enseguida si el peso específico del hombre que hay dentro es el de un impostor, y si lo es, en verso o en prosa, aun debajo de un reluciente esmalte de talento descubre el fondo deleznable.

Baudelaire se procuró por todos los medios sus conflictos económicos, el proceso, el fracaso en la academia: esto es evidente; fué complicándose la vida de torpeza en torpeza; se hacía el malo, como ya dijimos antes, sustituyendo el Bien por el Mal. Si, como Sartre indica, hubiera seguido la moral de Victor Hugo o de George Sand, su vida habría sido enteramente otra cosa. ¿Podemos objetar algo a esta afirmación? No, nada podemos objetar. Pero el procedimiento de la exégesis tendenciosa que nos es común a todos, llega a resultar ilícito cuando se le lleva hasta silenciar las numerosas, sostenidas, brutales opiniones de Baudelaire sobre esos dos ilustres personajes y sobre la moral que representaban. Sartre cree que Baudelaire no ejercía su libertad porque continuaba adicto a la moral tradicional, *sentenciada en ese momento por todas las manifestaciones de la vida pública*. Le parece que no es ser un espíritu responsable atacar a los grandes figurones de la época, ser implacable en la censura, volcando en simples críticas de pintura, en las que no estaba obligado a hacerlo, las ideas más subversivas *no para el orden viejo, sino para el nuevo*, aguzando esta censura contra lo que más fuerza arrolladora tenía: contra el ateísmo, contra los males intrínsecos de la democracia, contra ciertas tendencias artísticas, contra los críticos mismos que jamás hicieron nada semejante a sus artículos en superabundancia de ideas, en valor, en responsabilidad, en fuerza, en naturalidad.

No puedo perderme, pues es un verdadero piélago, en la búsqueda de datos que corroboren mi punto de vista tendencioso. Es cierto que

para sostener el contrario existen los que Sartre transcribe y algunos más: la diferencia numérica es notable en favor de mi posición, pero no llega a ser aplastante como lo es la diferencia cualitativa. Da la casualidad de que *lo mejor* de la obra de Baudelaire no queda del lado de Sartre. Esto es fácil de demostrar. En la obra poética, que es la más decisiva, no hay en contra de mi opinión más que la parte blasfematoria y ésa acaba resultando a favor, pues, como ya hemos señalado, su adhesión al Mal no es más que una afirmación del Bien. Y los pasajes que involucran ideas de piedad o de dolor, llamadas, aunque no sin provocación a veces, ¿quién que entienda de poesía puede negar que son los puntos culminantes y luminosos?

Si recordamos los dos artículos sobre Pierre Dupont, encontramos en ellos una sombra de impostura hábilmente velada por la ironía condescendiente, por el elogio ambiguo otorgado a un poeta representativo de las ideas porveniristas, terminantemente mediocre. Baudelaire conocía bien sus posibilidades de impostura, tanto en estos artículos en los que desciende benévola hasta su comentariado por no sabemos qué debilidad afectiva, como en la relación social de todos los días. La ocultación del propio pensamiento, el acatamiento a los ideales imperantes, están hartos señalados en "L'examen de minuit". Allí es donde confiesa abiertamente haber asentido a las ideas recibidas de otros. Con toda responsabilidad afirma "...nous avons / malgré tout ce que nous savons / mené le train d'un hérétique". Su repugnancia en este poema es de una rebeldía idéntica a la de los revolucionarios, a la de los grandes constructores de moral. Es invencible su repugnancia por haber asistido "Comme un parasite à la table / de quelque monstrueux Crésus". Pero su impostura en esa mesa había sido "blasphémé Jésus / des Dieux le plus incontestable". Ha blasfemado de lo que él sabe por sí mismo aceptando las nociones morales de los otros. "Nous avons, pour plaire à la brute, / digne vassale des Démons / insulté ce que

nous aimons / et flatté ce qui nous rebute". Y llegando ya a la impostura activa ha "constristé, servile bourreau / le faible qu'à tort on me-prise / salué l'enorme Bêtise / la Bêtise au front de taureau". Es decir que en la confesión de su impostura delata la existencia de ese Crespo a quien hay que adular con blasfemias y a quien hay que servir de verdugo para con los débiles, retratando así la sociedad progresista donde muge la "Bêtise au front de taureau".

Son numerosísimas las cosas reprobables que pueden encontrarse en la obra de Baudelaire, pero jamás impostura. No sirvió nunca, al público agraz, fórmulas fácilmente asimilables para disimular su vacío o drenar sus humores. Su posición ante el público está claramente expresada en el poema en prosa "Le chien et le flacon", donde dice al perro que retrocede con horror ante el frasco de perfume que le ha hecho oler: "Ah! misérable chien, si je vous avais offert un paquet d'excréments, vous l'auriez flairé avec délices et peu-être dévoré. Ainsi vous-même, indigne compagnon de ma triste vie, vous ressemblez au public à qu'il ne faut jamais présenter des parfums délicats qui l'exaspèrent, mais des ordures soigneusement choisies."

Baudelaire acaso llegó alguna vez a la impostura de lloriquear ante su madre para arracarle unos francos, pero Sartre ha hablado de impostura a propósito de su dolorismo y esto es ya atentar a la obra —cosa que al comienzo del libro dice que no ha de hacer—, es atentar a la personalidad espiritual en su más sagrado reducto, allí donde se opera el milagro de transformar la propia sangre en arte. Inútilmente Sartre afirma que trata únicamente de analizar las vicisitudes de su vida; una sopalada inmundicia salpica a través de todo el libro la personalidad entera de Baudelaire, la humana y la poética: las alusiones a su impotencia —que por el virtuosismo sartriano en esta materia llegan a tener carácter de variaciones—, la errónea, torpe, limitada, dogmática interpretación de su sentido de lo trascendente, la versión

más falsa aún de su horror a la naturaleza, que para todo el que entienda el lenguaje humano era horror a la “zoocratie” que veía avanzar, a las “legûmes sanctifiées” que detestaba por *santificadas* y no por *legumbres*, a los flamantes mitos seudonaturales, al paganismo de los adoradores del alma de las plantas.

Pero dónde culmina la monstruosidad de este estudio es en las páginas que aluden a lo que Sartre considera su pasatismo: ¡a la memoria!

Sartre interpreta el culto de Baudelaire por la memoria de este modo: “Comme les schizophrènes et les mélancoliques, il justifie son incapacité d’agir en se tournant vers le *déjà vécu*, le *déjà fait*, l’irréversible”, y más tarde añade: “Comme celle de Bergson l’oeuvre de Baudelaire pourrait s’appeler *Matière et Mémoire*. C’est que le passé universel —et non plus celui de sa conscience— s’offre come un mode d’être entièrement conforme a ses souhaits. Il est, parce qu’il est irréversible et pur objet de contemplation passive”. Con lo que demuestra que no sólo no comprende a Baudelaire sino que tampoco comprende a Bergson, o que acaso los comprende a los dos —puesto que nota la semejanza— y los adultera *librement*.

Al final de *Matière et Mémoire* Bergson dice que nuestro presente es lo que actúa y “notre passé est au contraire ce qui n’agit plus, mais pourrait agir, ce qui agira en s’insérant dans une sensation présente dont il empruntera la vitalité.” Y rebatiendo la idea del recuerdo como resultado de un estado cerebral: “L’état cérébral continue le souvenir; il lui donne prise sur le présent par la matérialité qu’il lui confère; mais le souvenir pur est une manifestation spirituelle. Avec la mémoire nous sommes bien véritablement dans le domaine de l’esprit.” Algo que pertenezca plenamente al dominio del espíritu ¿puede ser pasivo? ¿Para qué cita Sartre a Bergson? ¿Para afirmar su tesis o para derribarla?

Antes que Bergson, Baudelaire había dicho lo más que se puede

decir sobre la acción de la memoria: sobre la memoria universal a propósito de Delacroix, sobre la experiencia innata a propósito de Poe.

En rigor, esta ignorancia de la actualidad sin reposo de la memoria —que da la medida justa de la tensión espiritual del individuo— atenúa lo que —en el estricto terreno del espíritu— podemos llamar el delito de Sartre. En este delito Baudelaire cuenta sólo como una de las más ricas fuentes de inspiración: su *inolvidable* “Erostrato” ha sido inspirado en él —se puede demostrar palabra por palabra—. Y es preciso reconocer que únicamente un hombre que considere la memoria como un yacimiento de materias residuales puede atreverse —con plena decisión libre— a arrojar sobre la memoria universal lo que sólo en un muladar puede verterse.

En resumen, Baudelaire eligió libremente la fidelidad a la historia del espíritu humano porque sólo en la perfecta consecuencia hay porvenir. Y si se negaba a avanzar con el progreso era porque la infalible profecía que continúa el eje de la memoria le anunciaba que la próxima estación era la náusea.

En cuanto a su destino, su destino real, no la madeja de sus peripecias, era el de ser un “faro” más al que se vuelve la memoria para no mancharse en la obscuridad del presente. Para que el espíritu no tenga que aplicarle las amputaciones del olvido.

ROSA CHACEL

H A B L A U N S O L D A D O D E L A C O N Q U I S T A ¹

Vine porque me pagaban
y yo quería comprar espadas y mujeres.
Vine porque me hablaron de montañas resplandecientes
como un atardecer en el mar
y por el oro con que me iba a vestir cuando volviera.
Pero sólo encontré flechas envenenadas,
humedad y mosquitos.
Conocí el terror, noches sigilosas,
indios vestidos con su belleza siniestra,
la fuerza de una tierra que nos doblegó
como la sed a los animales,

¹ "...Era de ánimo robusto y licencioso de costumbres, por eso no mereció ventura en la California, ni en Ida de Higuera ni en lugar alguno desde que llegó a conquistar esta tierra.

Se confesó públicamente con cinismo y blasfemia; Dios le perdone sus pecados y a mí también y me dé buen acabamiento, que importa más que las conquistas y vitorias que hubimos de los indios."

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO,
*Verdadera historia de la Conquista
de Nueva España.*

y la móvil mortaja de la selva.

.....

A bordo alguien habló de honor.

A bordo

hablaban y rezaban con lentas manos sobre libros de oro.

Con esas manos se ayudaron el grito y la desesperación;

con esas manos escarbaron la tierra que los iba a cubrir.

Alguien habló de "historia" y de "futuro";

yo sólo pienso en lo que perdí.

Creo que todo es igual,

las mentiras que nos dijeron y las verdades que encontramos.

Siempre habrá tontos que vivirán de palabras,

y siempre el mundo mezclará en la misma indiferencia

la vida, que en el olvido crece,

la gloria, que se arrastra,

y la insaciable codicia de la muerte.

JORGE CALVETTI

ENCUENTRO EN EL CREPÚSCULO

El pintor Akenside era un curioso fenómeno. En esta época en que vivimos se las había ingeniado para vivir de la pintura. Tenía ya cerca de sesenta años y nunca había ilustrado un libro, ni dibujado un anuncio, ni enseñado en una academia de arte, ni diseñado una corbata para una tienda de modas. Pintaba cuadros, sencillamente, para que la gente los colgara en sus paredes o los compraran las galerías de arte. Aunque nunca había dispuesto de muchas cosas que se consideran imprescindibles, rara vez andaba sin dinero, y después de una vida de arduo trabajo, poseía ya en el banco la suma de trescientas o cuatrocientas libras.

Por lo menos dos veces al año Akenside solía cerrar su estudio de Fulham y marcharse a pasar una larga temporada al campo para refrescar su espíritu. Cualquiera que lo hallara en una de esas correrías habría tenido muy poca dificultad en adivinar qué clase de persona era. No porque sus ropas lo revelaran; en realidad podían pertenecer a cualquiera, ya que habitualmente consistían en unos pantalones de *corderoi* y en unos *sweaters* que variaban según la intensidad del frío. No decían más la caja que llevaba bajo el brazo y las alforjas que pendían de sus hombros. Pero algo en su aire indicaba claramente que siempre había hecho lo que le placía, que no tenía ningún apremio por regresar en la madrugada. Si entraba en un bar permanecía en él mientras la conversación fuera interesante. Si llegaba a un lugar

que le agradaba se instalaba en él como si fuera a quedarse toda la vida. Su actitud con respecto a los seres humanos era la misma: no tenía reparo en entablar una amistad inmediata, pues no se sentía retenido por vínculos anteriores. Con respecto a las mujeres, su actitud era perfectamente natural y directa. Siempre que decidía permanecer en un lugar durante algún tiempo procuraba encontrar alguna muchacha amable y encantadora, y no se inmutaba si fracasaba en ello. Cuando el trabajo lo absorbía, era capaz de llevar vida de célibe durante meses enteros. Aunque se complacía en correr tras las mujeres y confesaba que desde su juventud ninguna había contado seriamente en su vida, hablaba siempre de ellas con afecto y respeto. Detestaba las bromas sucias; le disgustaban, en general, las actitudes socarronas hacia las mujeres, y si alguien aseguraba que tienen una inteligencia inferior a la del hombre o que son incapaces de llevar a cabo obras importantes, oponía su parecer con cierto énfasis.

Nada hábil en la discusión, carecía de toda presteza para esgrimir armas con que defender su punto de vista o atacar el de los demás. La naturaleza de su espíritu lo inducía a obtener resultados simples por medios indirectos, y llegaba al lugar común después de investigar ampliamente otros puntos de vista más interesantes. Consciente de que sus pensamientos no eran especialmente originales, no le gustaba ventilarlos, pero cuando lo forzaban a ello, lo que decía —con voz muy recia y algo solemne— tenía la virtud de hacer que todo lo demás pareciera absurdo, como si los otros se hubieran demorado en desarrollar un mero juego verbal mientras él ahondaba en busca de la verdad.

De talla vigorosa y cara rubicunda, Akenside daba la impresión de poseer una salud excelente. Los cortos cabellos grises se le erizaban

de vitalidad. Sus manos, casi cuadradas, podían reventar una manzana con la misma facilidad con que sus dientes rompían una nuez. La piel le brillaba siempre como si acabara de lavarse. Una mirada aguda y a la vez abstraída acechaba en sus luminosos ojos azules, y tenía el aire de concentrada inteligencia que se advierte a veces en los hombres de campo que han aplicado toda su vasta y obstinada comprensión a un reducido propósito.

Ocurrió un otoño que Akenside emprendió la última expedición del año. Caminaba por las montañas de Gales cuando alcanzó a dos muchachas en el camino. Supuso en seguida que serían maestras de escuela y muy pronto estuvo junto a ellas. Supo que una debía regresar de improviso para tomar el tren en la próxima ciudad. Akenside pensó que era perfectamente natural acompañarlas a la estación, despedir a una y seguir caminando con la otra. Se esforzó en divertirla y cuando sugirió, después de varias horas de charla, que siguieran juntos al día siguiente, ella accedió de buena gana.

Pasaron el día en un mutuo descubrimiento, o más bien en confirmar lo que cada uno había supuesto ya del otro.

—Sabía, desde luego, que era usted pintor, pero no sabía que fuera *usted*. ¿Qué hace aquí? ¿Busca paisajes?

—Sí —mintió Akenside, cuya obra dependía tan poco de un paisaje determinado como si diseñara figurillas o decoraciones de ballet—. Creo que usted podrá ayudarme a encontrar algunos sitios que me convengan. Puede tanto una mirada virgen... — Y la miró de reojo. Ella pareció comprender.

—Gracias por la mirada virgen — dijo.

Pasaron parte de la noche en la posada en que se habían detenido. Los bares estaban cerrados desde hacía varias horas. El posadero y su mujer se habían ido a la cama. Akenside, que encontraba muy atractiva a la muchacha, intentó un acercamiento directo. La muchacha no lo rechazó; por el contrario, parecía aguardarlo. Después, a él le sorprendió y hasta le turbó el descubrir que por primera vez ocurría en la vida de ella algo semejante.

—Dios mío —dijo, mientras le acariciaba la suave mejilla—, eres una tonta. ¿Por qué diablos no me lo dijiste? Lo que menos quería es trastornar tu vida. Me gustas mucho. No recuerdo haber encontrado nunca a nadie que me guste tanto.

—Lo mismo me sucede a mí —dijo la muchacha—. Por eso no te lo he dicho.

—No comprendo.

—Si te lo hubiera dicho, quizá no habrías llegado a esto... Sé muy bien que tú nunca has pintado paisajes. Si te lo hubiera dicho, no me habrías pedido que te ayudara a buscar sitios apropiados.

Toda la noche permaneció Akenside despierto, rumiando el problema de esa muchacha. ¿Cómo interpretar lo sucedido? ¿Era posible que se interesara en él? La muchacha no tenía aún veinte años; ¿cómo podía ser él, a su edad, el objeto adecuado, o siquiera posible, de su amor? Era absurdo. Sin embargo, ¿de qué otro modo podía explicarse que lo hubiera aceptado esa muchacha tan modesta y encantadora? Evidentemente, debía de amarlo, o por lo menos empezaría a sentir algo parecido al amor. Habría sido injusto suponer otra cosa. Pero ¡qué habría visto en él para vencer sus escrúpulos! Con todo, aunque no le hubiera hallado nada excepcional, no era en modo alguno la clase de muchacha que podía tener un asunto de esa especie por sim-

ple diversión. Continuó dando vueltas, no en forma de círculo, sino más bien volviendo sobre sus pasos en una especie de espiral.

Después de horas, Akenside creyó que al fin había hallado una respuesta, algo que por lo menos daba sentido a los hechos. Una mujer ofrece al amor sólo lo que ella es en un momento determinado. A un hombre, en cambio, se le puede querer no sólo por lo que es en el presente, sino por todo lo que ha hecho en la vida: por sí mismo, en el día de hoy, y también por su experiencia del mundo, por su éxito, si lo ha alcanzado, por su inteligencia, si la tiene. Ella sabía de él y admiraba su obra. A causa de lo que había hecho, a causa de lo que su vida toda era, lo creía digno de su amor. Como sus reacciones eran directas y simples, había cedido. Podía ser sorprendente, pero no imposible. Si tantas muchachas se consideraron felices de querer a un Wellington o a un Goethe ancianos, quizá una podía estar dispuesta a querer a Akenside.

Antes de amanecer, sintió que había aclarado su posición. No sabía si para bien, pero la había aclarado. Se lo propuso durante el desayuno.

—¿Cómo te sientes?

—Feliz. ¿Por qué?

—Si te expongo un plan, ¿te considerarás libre para rechazarlo? Es un plan importante, de modo que no debes hacer concesiones a los sentimientos de ninguno. No te sientas ligada por lo que ha ocurrido. Límitate a examinarlo y dame tu respuesta.

—Bien. Seré tan terminante como tú.

—He estado pensando que podrías ir a Londres, a vivir conmigo. A no ser que me ames, esto parecerá absurdo. Si es absurdo, dímelo. La muchacha calló un momento.

—¿Y bien? —preguntó él con cierta impaciencia.

—No me has dicho si tú quieres que vaya.

—No te lo preguntaría si no lo quisiera.

Después de una pausa agregó:

—Oh, diablos, sí, lo deseo locamente. Nunca he deseado antes que estuviera allí otra persona. ¿Quieres venir?

—Sí, desde luego —dijo ella—. Y si no me lo hubieras propuesto, yo te lo habría pedido. He estado pensando en ello toda la noche.

—Convenido, entonces. ¿Necesitas recoger algunas cosas?

La muchacha rió.

—Sí; necesitaré dos meses para estar pronta. Te veré en noviembre. Será mejor que me des la dirección.

Durante los dos meses siguientes, Akenside se preguntó mil veces si no había cometido una locura. A medida que pasaba el tiempo, la respuesta se hacía más afirmativa; pero esto no tenía importancia. Podía deshacer su plan con la misma facilidad con que lo había urdido. No era más difícil pedirle que se fuera de lo que había sido pedirle que se quedara. Sólo había, en verdad, *una* cuestión acerca de la cual resolvió proceder con absoluta firmeza. Aunque las cosas deben seguir su propio curso, nunca, nunca, en ningún momento debía pedirle que se casaran. Por más impulsado que se sintiera a ello, por más ardientemente que lo deseara —el caso era poco probable—, no debía ceder. Podía atravesar de una zancada una diferencia de veinte años; con una de treinta se habría arriesgado; pero cuarenta eran ya demasiados.

Cuando Akenside reflexionaba acerca de lo que sabía de la muchacha y de sí mismo, sólo había, en realidad, una circunstancia que lo inquietaba y a la cual volvían continuamente sus pensamientos: la

sugestión de ese intervalo de dos meses. Nada había dicho en el momento porque le disgustaba inmiscuirse y estorbar los planes de los demás. Pero esa demora no era propia de una persona enamorada. Supuso al fin que ella necesitaría el tiempo preciso para concluir algún curso en que estaría trabajando, para obtener un diploma, quizá, o alguna graduación; su conocimiento de estas cosas era más bien vago; si era así, ¿qué podía ser más razonable? Como esta convicción había arraigado en su mente, se la expuso en cuanto se reunieron.

—Oh, no. Abandoné mis estudios cuando te conocí.

—¿Ha sido tu familia, entonces? —preguntó Akenside, que tenía la vaga noción de lo que los demás no disponen de sus vidas con la misma libertad con que él disponía de la suya—. ¿Ése era el inconveniente? ¿Has tenido que discutir mucho? Sólo ahora pienso en ello. ¿Qué dijiste a tus padres?

—Sólo tengo una tía —respondió la muchacha—. Generalmente termina por estar de acuerdo con mis planes. Nunca se los cuento con demasiados detalles.

—¿Para qué has necesitado todo este tiempo, entonces? —preguntó él, estallando de curiosidad.

—He estado aprendiendo economía doméstica —dijo ella, enrojeciendo—. Quería hacer como se debe las cosas para ti.

Más tarde, cuando la ayudó a desempacar, halló que había comprado una máquina de segunda mano para copiarle las cartas; con cierta decepción notó que se había cortado los cabellos —largos, de un oro encendido— en forma de melena muy corta, con un flequillo sobre la frente a través del cual parecía atisbar como por una ventana. Akenside gustaba particularmente de sus cabellos como los llevaba antes, largos y ondulantes sobre los hombros, pero se cuidó de hacer comen-

tarios. Lo había hecho por él, pensando, sin duda, que así lograba parecerse a una modelo. Por la misma razón, quizá, llevaba zapatos sin tacones y blusas o camisas recogidas en faldas lisas y cortas.

Con la llegada de la muchacha, cuyo nombre era Bella, comenzó para Akenside el período más delicioso de su vida. Su trabajo continuó siendo el mismo, pero desaparecieron todas sus incomodidades y preocupaciones. Bella tomó a su cargo los asuntos de negocios, con firmeza mucho mayor que la demostrada por Akenside: cuidaba del dinero, que a la larga pareció acumularse, aunque ahora vivían dos de ese dinero, en lugar de uno. Hacía las compras, mantenía limpio el estudio, le preparaba las comidas y no mostraba nunca la menor consternación si él prefería trabajar a comerlas. Se hundía en el diván con un plato de su almuerzo y parecía igualmente contenta si él la acompañaba o continuaba con lo que estaba haciendo. Además, era una compañera extremadamente gentil. Nunca cesaba él de preguntarle las cosas que ella sabía o que no sabía. Tenía una excelente educación y comprendía mucho mejor que Akenside lo que ocurría en el mundo. Un periódico, por ejemplo, que nada significaba para él, dado su modo de vida, que relataba el desarrollo de sucesos cuyo comienzo él no había advertido, era lectura a la que ella se dedicaba con interés, porque le permitía seguir la marcha del mundo en todas sus direcciones.

—Oye —solía decirle Akenside, señalando con el tenedor algún título—, ¿qué quiere decir esto? Explícamelo.

A su vez ella no había viajado nunca y se deleitaba oyéndole hablar de países que le parecían curiosos.

—¿Has estado realmente en Turkestán? ¿A qué se parece?

Además, había vivido siempre dentro de la misma esfera social, sin frecuentar las clases superiores o inferiores, y la primera vez que

entró en la taberna de un puerto le pareció algo tan misterioso como el departamento privado de un gran hotel.

Él estaba asombrado de que entre sus propios amigos, íntimos desde hacía treinta años, hubiera algunos que ella encontraba distinguidos, casi grandes hombres, apenas inferiores a los personajes de los libros de historia que acababa de leer.

Para complacerla, Akenside procuró llevar a varios de ellos a su estudio, y advertía con secreto placer que no sólo ella sabía instintivamente cómo tratarlos, sino que sentía un entusiasmo especial por el hecho de que él se los hubiera presentado. Era evidente que deseaba verlos, pero mucho más deseaba que fueran a verlo.

Bella había vuelto a dejarse crecer los cabellos. Pendían sobre sus hombros cuando trabajaba o andaba por el estudio. Nunca se cansaba él de observarla. A veces, por la noche, sentado muy cerca de ella a la luz de la lámpara, contemplaba un instante el atrevido color de sus mejillas o deslizaba los dedos por su rostro para sentir la límpida perfección de sus rasgos — no sólo era perfecta la frente o cada rasgo determinado, sino que todos se veían vigorosos y nítidos desde cualquier ángulo. Su magnífico cuerpo joven parecía esculpido en madera: despertaba por las mañanas fresca y poderosa como un árbol joven, y a la noche se entregaba al sueño porque había llegado el momento de acostarse, no porque se sintiera cansada. Al amor correspondía con placer y hasta con gratitud, habría dicho Akenside.

Después de seis meses le regaló un anillo. No era una sortija de bodas o de compromiso. Era un simple anillo de oro con una piedra roja que ella deslizó en el dedo anular. Pareció tan complacida y sorprendida cuando se lo dió, sobre todo cuando le dijo que era la

primera mujer a quien había dado un anillo en su vida, que Akenside la tomó en sus brazos y la besó. Pero su aire de sorpresa le hizo comprender súbitamente —propenso como era a comprenderlo todo— que había algo extraño en sus relaciones. A ninguna muchacha de veinte años que vive con su amante la desconcierta un abrazo.

Sólo había una cosa que preocupaba a Akenside. Tenía tan presente la diferencia de edades que, en cierto sentido, se sentía responsable de la felicidad de ella. En todo momento estaba alerta: alerta para que viera que no procuraba imponérsele, que la trataba como cualquiera la trataría; alerta para no impacientarla ni irritarla. Comprendió en seguida que debía excluir de sus conversaciones toda referencia directa a su propia edad. Divertirla con relatos de años pasados era una cosa; pero ella no podía tolerar ningún comentario jocoso, ninguna de esas observaciones con que se procura suscitar una viva negación: “¡Oh, pero eres muy joven, realmente!” Akenside evitaba cuidadosamente ese pasatiempo favorito de los viejos.

Por lo menos dos o tres veces al año hacían las valijas, cerraban el estudio y se marchaban al campo. Era un antiguo hábito que ella había adquirido con placer.

—Todos tus cuadros parecen pintados en el Sudán —decía—. No puedo comprender para qué quieres ir a Irlanda.

A Irlanda se iban, sin embargo, y después a Gales, a Cornwall y a la región de los Lagos. Una vez se marcharon por dos meses a España. Fué para Bella el primer viaje al extranjero. Para él significó una larga serie de preparativos y un gasto considerable. Inmediatamente que partieron, ella lo justificó.

—Si no fuera a España contigo, no querría ir con nadie.

Era durante esos viajes cuando surgían más dificultades del hecho

de que no estaban casados. Por sí mismo, Akenside habría desdeñado todas esas dificultades; pero estaba siempre en guardia, con verdadero celo y a veces con ferocidad, para protegerla. Por eso sus viajes ya no se parecían a las antiguas andanzas. Además, quería que ella viera cosas, y no vacilaba en dejar un lugar donde habrían pasado una semana feliz para mostrarle una catedral o una catarata, o para visitar algún sitio mencionado en los libros que ella leía de continuo.

Cinco años pasaron tranquilamente. Akenside trabajaba bien y recogía los frutos de cuarenta años de persistente esfuerzo. Si organizaba una muestra, todos sus cuadros se vendían. Estaba siempre apremiado para enviarlos a las exposiciones; cuando lo hacía, sus obras figuraban entre las pocas que distinguía el jurado.

—Otra mención —decía Bella, alargándole una carta.

—No tiene importancia —respondía él, invariablemente—. Ha sido pura suerte que mi nombre figure entre los pocos en que han reparado.

Mientras tanto, sus trescientas libras habían alcanzado la mítica suma de un millar.

Una tarde de verano estaba él sentado fumando y ella trabajaba junto a la ventana, cuando deslizaron una carta por debajo de la puerta. Ninguno de los dos se molestó en recogerla. Al fin, después de unos minutos, como si la presencia de la carta hubiera pesado sobre su espíritu, Bella la alzó. Era de un antiguo condiscípulo de Akenside que se había marchado al Canadá y, aprovechando algún talento que tenía, había llegado a ser profesor de pintura primero y luego director de un colegio. En la carta le recomendaba a su hijo Martín, que había terminado sus estudios de arquitectura y a los veintiséis años trabajaba

con una importante firma de Londres, antes de regresar para establecerse en Canadá.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Bella.

—Invítale a cenar la semana próxima.

Con gran sorpresa suya, Bella dijo que eso no le parecía del todo necesario.

—Hace más de treinta años que no ves a su padre. No puede esperar que después de todo ese tiempo estés a su servicio. Y el hijo tiene bastante edad como para arreglárselas solo. Además, quizá se sienta molesto si lo invitan los amigos de su padre, como si fuera un colegial.

Akenside no respondió.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer? —preguntó Bella.

—Invitarlo a cenar —respondió.

Aunque Bella no se había mostrado demasiado ansiosa por que el muchacho los visitara, Akenside notó que preparaba la cena con especial esmero. Hasta lo envió a buscar una botella de Chianti. Cuando regresó, ya estaba allí el muchacho. Era alto, de rasgos ásperos y cara decididamente fea; parecía hecha únicamente con líneas horizontales: en la estrecha frente el nacimiento del pelo iba en busca de las cejas; la nariz era toda agujeros y la boca excepcionalmente grande.

Pero tenía maneras amables y parecía asombrosamente reconcentrado, como si pensara mucho cuanto decía o hacía.

—Esos cuadros —preguntó inmediatamente después de saludar a Akenside—, ¿son los más recientes? ¿Son sus preferidos? ¿O están allí por casualidad?

Akenside atravesó el estudio con él y discutieron libremente sobre los cuadros. No se sentía cohibido por sus propias obras, y los comen-

tarios del muchacho fueron igualmente directos. Quería saber cómo trabajaba Akenside, cómo concebía un cuadro en su espíritu, cómo había empezado el oficio de pintor, cómo sabía cuándo se malograba una tela, qué relación tenían cuadros distintos. Conversaron hasta que la cena estuvo dispuesta.

Algo que el muchacho dijo impresionó a Akenside. Bella, que andaba nerviosamente por la habitación, había repetido —como repiten las gentes que viven juntas cosas que les son habituales pero que los extraños ignoran— su observación de que la obra de Akenside parecía hecha en el Sudán, tan ardiente y luminosa era.

—Es verdad —observó distraídamente el muchacho—. Parece concebida en los trópicos del espíritu.

Durante la comida, Akenside desvió la conversación hacia su huésped. Parecía que su vida no había seguido nunca la rutina convencional del colegio y la universidad.

—Pero ¿todavía siguen explorando en el Canadá? —preguntó Bella.

—Ya no se pasa el agua por el cedazo para buscar oro —respondió Martín—. Pero todavía se necesitan minerales. En realidad, se necesitan más que nunca, y para extraer minerales es preciso ubicarlos antes.

—Pero ¿no sabe ya la gente dónde está cada mineral? —insistía Bella como si quisiera demostrarle que se equivocaba—. Pensé que se conocían los depósitos de cada especie y que estarían señalados en los planos.

—Bueno, sabemos aproximadamente dónde encontrar muchos minerales, pero sólo aproximadamente. Luego, es cuestión de hallar un lugar preciso que convenga explotar. No es necesariamente el sitio

donde el mineral es más rico; depende también de dónde puede uno conseguir la mano de obra, de la cercanía del ferrocarril, etc.

—¿Cómo llega *usted* a esos lugares para empezar el trabajo?

—Por el medio más simple. En canoa o a caballo, si no se puede ir en tren o en auto. A veces en aeroplano. Una vez viajé al norte en hidroplano y otra en trineo. Según a donde quiera uno ir.

Akenside buscaba cigarrillos.

—¿Cómo puede usted encontrar tiempo para todo eso? —preguntó Bella—. Porque no debe usted de tener más de...

—Veintiséis años.

—Oh, no preguntaba eso. Quiero decir que con el colegio y los estudios y todo lo demás no comprendo cómo puede usted arreglárselas.

—Bueno, ahora hablemos de usted. ¿Qué hace usted? Sé que prepara comidas deliciosas, pero ¿qué hace, además? ¿También usted pinta?

El muchacho no parecía advertir la trampa que se estaba tendiendo.

—No salgo a trabajar, si eso es lo que quiere usted decir —respondió Bella—. No trabajo en ninguna oficina, ni en una tienda, ni sé pintar. Atiendo las cosas de esta casa... ¿Cree usted que no es bastante?

—Oh, perdóneme —el joven parecía de veras turbado—. Debe usted de tomarme por un impertinente. Desde luego las tareas que usted escoja han de ser suficientes para cualquiera. Sólo he querido decir que estoy seguro de que es usted capaz de hacer todo lo que se proponga; dos cosas a la vez, si lo desea. Y hasta tres.

Poco después se levantó para marcharse. Akenside lo acompañó hasta el sendero.

—Inteligente muchacho — dijo al volver.

—Sí.

—Me gusta su modo de ser.

—También a mí.

—Creo que debemos invitarlo a cenar otra vez.

Bella no respondió. Akenside se sentó y empezó a fumar. De pronto volvió a su mente una idea formulada por el muchacho. Era una idea que nunca se le había ocurrido. ¿No estaría coartando a Bella? ¿Podría ella realmente hacer dos o más cosas a la vez? ¿No sería demasiado restringida su vida junto a él? Acaso —un nuevo pensamiento surgió— ella se limitaba a ser sólo la criatura que él, Akenside, requería. ¿No merecía Bella un destino mejor? ¿Lo sabría ella, o estaría esperando que alguien lo advirtiera para decírselo?

Pocos días después de la llegada del muchacho, oyó a través de la ventana abierta del estudio una conversación telefónica.

—No —decía Bella—. Será mejor que no. Nunca salgo sin él. No sentiría ningún placer en hacerlo.

Hablaba con voz muy decidida; evidentemente, decía palabras que había meditado de antemano. Hablaba como si quisiera amedrentar a su interlocutor y alejar toda posibilidad de que la invitación se repitiera. Si era así, su determinación debió de atenuarse un poco, pues concluyó diciendo:

—Muchas gracias, de todos modos, por haberme llamado.

Algunos días, quizá unas semanas antes de la visita del joven Martín, Akenside había advertido que algo no marchaba en su salud del todo bien. Lo atribuyó al calor. El tiempo no era particularmente

caluroso, pero por lo general los vahidos y el calor se relacionan, y después de todo estaban en verano. Sentía sobre todo vahidos, pero también algo más persistente, algo que podía describirse como una repugnancia a moverse. Por las mañanas no tenía deseos de levantarse. Una vez en pie, no se le ocurría la idea de salir. Cuando iba a algún lugar, la idea del regreso se le aparecía como una empresa que debía diferirse el mayor tiempo posible. Cuando se veía obligado a dar unos pocos pasos hasta la esquina para comprar tabaco, se sorprendía haciendo planes para evitar un cruce o considerando en qué momento estarían menos llenas las calles. Sentía terror de caer y no poder levantarse. Un año antes habría escalado una montaña; ahora hallaba razones para no subir a la imperial de un vehículo. Una o dos veces, sentado en su estudio ante una tela, debió preguntarse cuánto tiempo había estado allí y qué había hecho mientras tanto.

Akenside no dijo de esto una palabra a Bella. Sin embargo, hay secretos que no pueden ocultarse fácilmente a quienes comparten nuestra vida, y una vez sucedió que tuvo que detenerse a descansar en el breve sendero que llevaba a su estudio. Estaba tomando fuerzas para subir los dos o tres escalones que había ante la puerta. (Siempre se obligó a subirlos sin asirse del pasamanos, de modo que Bella no advirtiera nada cuando regresaban juntos.) Mientras permanecía así, junto a la cesta de cosas que había ido a buscar, Bella se asomó a la ventana. En un segundo estuvo a su lado y pasó el brazo bajo los de él.

—Vamos —dijo—. Hace un calor terrible. Has estado trabajando demasiado. Entra y siéntate. Te daré algo de beber.

Le dió una bebida fuerte y Akenside, sentado en un diván de su viejo estudio, con los pies alzados, se sintió mejor. Estaba mejor, pero aún temblaba. Si lo hubieran obligado bajo tormento a confesar la

verdad, habría dicho que tenía frío. Y era una tarde cálida. Estaba exhausto por el esfuerzo, pero tenía frío. Bella le lanzó una mirada.

—Debes ver a un doctor —le dijo suavemente—. ¿No tienes un amigo que te conozca desde hace mucho tiempo? No necesitas consultar a un necio que te prohíba fumar y beber, o te obligue a renunciar a los viajes y al trabajo. Consulta a alguien que conozca la clase de vida que llevamos; si necesita consejo, puede enviarte a un especialista con una carta que asegure que serás bien atendido.

Su agresiva vehemencia, el empleo de las palabras “la vida que llevamos”, la sensación de que había estado observándolo durante largo tiempo sin decir nada para hablar sólo cuando era necesario, lo conmovieron hondamente. Puso sus manos sobre las de ella.

—Te quiero, Bella —dijo—. Encontrarte ha sido lo mejor que me haya sucedido nunca.

Ella sonrió y le acarició la mano, pero esas palabras dejaron un curioso eco en sus propios oídos. Sonaron como si Akenside, sin querer, hablara de su vida como de algo definitivamente acabado. Sentía la mano de Bella entre las suyas, pero Bella había vuelto la cara; Akenside esperó que no hubiera advertido ese penoso eco.

El doctor a quien Akenside vió demostró ser hombre cordial y cuidadoso. Aparentemente, no tenía ninguna prisa en transformar su vida, pero tampoco sugirió que unas pocas aspirinas o un día o dos de cama arreglarían las cosas. Por el contrario, continuó preguntando a Akenside y anotando sus respuestas durante una buena media hora. Examinó la presión arterial y le indicó que tomara unas pastillas en determinadas horas, sin insinuarle que producirían efecto alguno en su condición. Más bien, dedujo Akenside, serían un índice de ella

cuando volviera para ser examinado nuevamente, dentro de una o dos semanas. Sólo cuando Akenside se levantó para marcharse, dijo:

—Espero que no vivirá usted solo. Sería muy embarazoso que le dieran esos vahidos sin que nadie le asistiera...

—No —respondió Akenside—. Hay una muchacha en mi estudio que me cuidará.

—Muy bien —dijo el doctor—. Conozco sus obras, desde luego. Me gustan mucho. He visto por allí un buen número de ellas. ¿Volverá usted dentro de una semana? Adiós.

Después de tres o cuatro visitas que se prolongaron durante un mes o dos, el doctor dijo:

—Bueno, creo que podemos hacer un diagnóstico y me gustaría que alguien, más especializado en su caso que yo, lo hiciera por mí. He consignado por escrito la evolución de su enfermedad y la enviaré al hombre que mejor entiende de estas cosas. Por supuesto, necesitará verlo a usted. Puede usted volver para que conversemos sobre ello. O quizá me llegue un día por su estudio.

Akenside comprendió qué significaba eso. Había algo en el estado de su salud que el doctor prefería decir a Bella.

—No, doctor —dijo—. He de venir yo a verlo. Realmente, me agrada mucho venir aquí.

Con bastante sorpresa advirtieron que lo que había dicho era cierto; ya no se dieron la mano distraídamente, sino como amigos. Eran amigos, pero podían ser competidores; en efecto, mientras descendía las escaleras, un pensamiento se agudizó en la mente de Akenside: en el caso hipotético de tener una vida por delante, necesitaría adquirir algunos conocimientos médicos.

Una o dos semanas más tarde —ya había visitado al especialista—

Akenside se encontró nuevamente sentado en el consultorio del doctor. Después de las habituales fórmulas de cortesía —“Me temo que esto se prolongue demasiado”—, el doctor comenzó. El informe estaba sobre la mesa, pero no dió muestras de referirse a él.

—Debemos iniciar un tratamiento serio; quizá deba exigirle una breve temporada de reposo absoluto. Sería más sencillo, sin duda, pasarla en un sanatorio.

Akenside sabía ya que cuando los doctores dicen “quizá” quieren decir “ciertamente”, que “una breve temporada” es siempre un período de más de seis meses. Era el momento de hablar francamente.

—Desearía ver el informe —dijo—. De todos modos, sé que tengo una arterioesclerosis unida a una alta presión arterial. Es un caso muy difícil que ha llegado a usted demasiado tarde. No he mejorado con nada de lo que usted ha probado; en realidad, estoy empeorando.

El doctor no respondió.

—Sin duda —continuó—, espera usted que muy pronto aparezcan nuevos síntomas, y que posiblemente sean dolorosos.

—Es usted quien conduce esta conversación —dijo el doctor—. Yo la llevaría de modo muy diferente.

—Debe usted excusarme si confundo los términos técnicos y no debe contradecirme si los hechos son exactos. Mis arterias se están endureciendo. Se asemejan a las cañerías de agua caliente que se obstruyen por dentro. Además, mi sangre no circula ya como es debido. Por eso siento vahidos y no puedo moverme. Estoy expuesto a sufrir un ataque de cualquier especie, quizá más de uno, o a que el cerebro se me reblandezca parcialmente porque la sangre deje de afluir a él. Perdóneme si las palabras no son apropiadas, pero estoy expuesto a volverme idiota. Si ingreso en un sanatorio, podrá usted probar varios tratamientos que me darán alguna probabilidad de cura; si empeoro

súbitamente, espero que no sea preciso, por lo menos, que me lleven entre gritos.

El doctor eludió nuevamente la respuesta.

—Termine usted su parte, amigo mío. Yo diré luego la mía.

—Muy bien, pues —dijo Akenside—. Usted me gusta, y como médico me inspira más confianza que nadie a quien haya tratado antes. Si fuera tan sólo una cuestión de consejo médico, escogería el suyo inmediatamente.

El doctor inclinó la cabeza.

—Pero no lo es. Es algo más importante. No es cuestión de salud. Es una cuestión que afecta toda mi vida. Hay ciertas cosas que debo solucionar y no podré ocuparme de ellas si me recluyo.

—Debe usted pensar —dijo el doctor pausadamente— que tal vez no pueda ocuparse de ellas aunque siga libre.

—Es un riesgo que necesito afrontar.

—Temo que cometa usted un error —afirmó el doctor—. Cuenta usted con unos meses de actividad y no sabe si puede disponer de ellos. Y no considera la única posibilidad real de curarse mediante un tratamiento. Oh, ya nunca tendrá usted dieciocho años, pero puede disfrutar muy bien de una vejez razonablemente cómoda. La ciencia médica no es ya lo que era antes. En los últimos años hemos adelantado un buen trecho en estas cuestiones. Muchos de mis pacientes...

—Estoy seguro —dijo Akenside—, y quizá vuelva más tarde a preguntarle todo eso. Sólo que no puedo recluirme todavía. E insisto especialmente en algo más. No debe usted hablar de mi salud con ninguna otra persona. Sé, desde luego, que lo haría usted por mi bien; pero no diga usted a nadie una palabra. Ninguna información de ninguna especie, ni siquiera si alguien se la solicita. No estoy casado.

Nadie, pues, tiene derecho a saberlo. Todo lo que le digo es absolutamente confidencial. Continuaré visitándolo, si me lo permite. Más tarde, quizá, ceda a su sugestión. Pero mientras tanto, ¡ni una sola palabra!

—No necesita insistir en ello —dijo el doctor—. Si me pide usted que no hable con nadie de su salud, nadie sabrá nunca nada en lo que a mí respecta. Pero desde el punto de vista médico, está usted cometiendo una locura.

—Habría querido consultarle hace años —dijo Akenside.

El doctor apoyó una mano en su espalda.

—Espero que continúe usted viniendo durante años —dijo—. Las cosas no marchan a veces como los tratados dicen. Si cambia de opinión, llámeme.

Akenside podía sentir que la mirada del doctor lo seguía mientras él descendía firmemente las escaleras, sin asirse del pasamanos.

Caían las sombras de un crepúsculo otoñal cuando Akenside dejó la casa del doctor y dobló la *Sloane Street* para regresar a su casa por el *King's Road*. Por primera vez en su existencia se sorprendió escudriñando el futuro, no dentro de su vida, sino más allá. Desde hacía algún tiempo sabía que se acercaba ese momento; pero ahora no le servía de nada saber que el momento había llegado. Súbitamente se había quedado solo. Una vez había visto, durante una carrera de caballos, cómo retiraban a un jockey que había caído sobre un seto. Un minuto antes ese hombre formaba parte de todas las cosas: de la luz del sol, de la multitud excitada y turbulenta; al minuto siguiente, había sido salvajemente confinado dentro de sus propios límites, como en una caja; había sido arrancado del mundo y de la multitud y lanzado a una desesperada batalla consigo mismo. De modo semejante, Akenside se

sentía ahora súbitamente confinado en su propio cuerpo enfermo. Era el único mundo que le quedaba, y era un mundo que nadie podía compartir.

Por su mente pasaban ideas frenéticas. Habría querido marcharse lejos. En algún país totalmente distinto, llevando una vida muy diferente, la constitución de su cuerpo cambiaría. El sol es la fuente de la salud; la recobraría sentado bajo las palmeras. ¡O quizá en las nieves polares! Si pudiera unirse a una expedición del gobierno, al extremo norte o sur, incorporarse a ella como artista oficial y pasar largos meses expuesto a los climas más rigurosos... Así aprenderían sus arterias... Tal vez podría hacer ambas cosas, someterse a extremos violentos. Cuando se tuerce uno el tobillo ¿no lo expone alternativamente al agua fría y caliente para reducir la hinchazón? Pero entonces ¿de qué serviría eso? Él era un artista, no un marinero. Si había alcanzado cierta fama en pocos años sólo podía ser a causa de sus cuadros; debía pintar, pues. Que pudiera trabajar en esos meses próximos como nunca lo había hecho antes; les mostraría —a Bella, a Martín, al doctor, a todos— de qué era capaz. Que pudiera aplicar todo lo que había aprendido en esos años, en medio siglo de pintar, para producir una serie digamos de veinte o de seis o de cuatro telas inimitables. Y si llegaba la locura, ¡a utilizarla!

Mientras esas ideas se sucedían unas a otras en su espíritu, Aken-side dejó de caminar. Apartándose de los pocos transeúntes se refugió sin pensarlo bajo el zaguán de una tienda y permaneció allí algunos minutos, mirando en el vacío, fijamente, como si estuviera ante una tela de su estudio. Pero esta vez no era una tela lo que miraba. Era un cartón, un cartón blanco que pendía con una leyenda impresa: el

anuncio de una papelería, que sus ojos recorrieron penosamente. Sólo había dos palabras en el cartón: "DIE STAMPING".

Cuando se pierden las facultades mentales, un buen golpe en la cabeza puede a veces volverlas a su sitio, como los niños de la escuela hacen andar sus relojes cuando se paran golpeándolos contra el pupitre. Akenside se pasó la mano por la gruesa cabeza y se aplicó seriamente a considerar su problema — un problema perfectamente simple que podía plantearse en los términos más claros. Necesitaba salvar su relación con Bella, no por el futuro, desde luego, sino por lo que ya habían disfrutado. Había corrido un riesgo, cinco años antes, al llevar a su vida a una muchacha tanto más joven que él. Lo había corrido con los ojos bien abiertos. Hasta ahora había ganado: eran felices. Todo lo que ella esperaba al unirse a él, lo tenía. Podía no ser el modo de vida de todo el mundo, pero era el de ella. Nunca lamentaría el tiempo que había pasado junto a él, y estaba seguro de que no lo repudiaría nunca. Durante toda su vida —que comenzaba a desarrollarse y a expandirse— esos años serían un tiempo precioso para ella. Lo que él tenía que hacer ahora era evitar que se convirtieran en una triste ruina. Todo su valor y su hombría se sublevaban ante la idea de aceptar a Bella como enfermera. No quería que ella lo recordara como a un inválido o un idiota.

Ése era el problema. ¿Cómo solucionarlo? Habría sido imposible ocultar a Bella el hecho de que estaba enfermo. Ya lo sabía, de todos modos. Pero él podía callar honradamente el hecho de que las cosas eran serias y empeoraban. Su primer deber era callar su secreto. Mientras lo lograra, la dirección de los acontecimientos estaba en sus manos. Si Bella llegaba a saberlo todo, sería ella quien decidiría, no él.

Su única esperanza era evitar una larga decepción: ¿qué probabilidades tenía?

De su parte estaba primeramente el hecho esencial que planteaba el problema: la extrema diferencia de edades. A causa de esta diferencia, aunque sus vidas habían transcurrido juntas, sus espíritus se movían siempre en niveles distintos. Para Akenside, el molde de sus pensamientos estaba vuelto hacia atrás. Akenside era un producto de la experiencia atesorada y valorada; juzgaba sucesos y hombres en comparación con otros que había conocido antes; ideas tales como "placer", "amor", "aventura", "viaje", no suscitaban en él imágenes de cosas futuras sino impresiones de un pasado acumulado. La situación de ella era la opuesta. Su vida estaba hacia adelante. Cuando permanecía inmóvil, soñando, no pensaba en cosas que ya habían ocurrido sino en lo que aún habría de ocurrir. Rara vez tenía idea Akenside, cuando la observaba, de hacia dónde vagaban sus pensamientos; estaba seguro de que ella, a su vez, ignoraba los suyos. ¿Cómo podía comprenderlos, si casi todos los sucesos que hechían su recuerdo habían ocurrido antes de que ella naciera? Esta división natural de sus espíritus haría más fácil la tarea de guardar un secreto en el suyo.

Pero se necesitaba algo más. Bella se había habituado, pensaba él, a verlo en el estudio mucho más tiempo que antes y a observarlo silencioso e inmóvil durante largo rato. Pero en las semanas venideras estaría aún más silencioso y quieto. Era preciso hallar algún pretexto, alguna nueva explicación que justificara su soledad vacía de todo trabajo. La excusa se presentó a Akenside bajo la luz de un apremiante encargo. Sabía muy bien que ya nunca podría pintar; rechazó con disgusto la idea de utilizar la pintura con máscara. Su excusa debía ser muy diferente: diría que estaba escribiendo. Escri-

biría sus memorias, que le permitirían, además, expresar sus principios artísticos. Resumiría el trabajo de su vida y los recuerdos de su vida. Describiría sus años de aprendizaje y sus primeros viajes, mostraría sus fuentes, honraría a los maestros a quienes admiraba particularmente. Criticaría las tendencias que no había seguido y justificaría las suyas propias. Haría algunos comentarios acerca de sus contemporáneos más conocidos... o, más bien, fingiría hacer todo eso, y si alguna vez llegaba algo al papel, Bella lo pasaría a máquina.

Éste sería su método; pero más importante que el método era el designio. El designio era bien simple; alejar a Bella de sí mismo. En efecto, él, Akenside, era la más serena transición entre el pasado y el presente de Bella. No podía pedirle que se fuera; ella no se iría. Pero en algún momento, dentro de pocas semanas, sería para él imposible continuar llevando una vida normal; era necesario actuar con rapidez, realizar en los hechos esa transición que él quería que ella sintiera. Hasta entonces, lo que debía hacer era asegurarle un protector natural para cuando llegara el momento. No dudaba acerca de la atracción que unía a Bella y al joven Martín. Mientras él estuviera de por medio, ella se resistiría; pero no era menester para su plan que Martín llegara a declararse. Bastaba con que sus vidas se mezclaran. Ya se sentían fuertemente atraídos; podía esperar que antes de poco tiempo se enamorarán. Cuando estuviera seguro de ello, habría ganado la batalla. Entonces podría retirarse a tiempo y a su modo.

Aunque Akenside se proponía hacerla su heredera, no parecía necesario temer que a causa de ello se produjera algún escándalo. Akenside era conocido, pero no famoso. La posibilidad de que sobreviniera un síncope constaba en un documento firmado por el principal especialista

del momento; si ocurría un síncope en un lugar donde sus consecuencias fueran fatales, nadie podía estar sujeto a sospecha ninguna.

Akenside caminaba lentamente. Había necesitado varias horas para llegar a su casa, y cuando abrió la puerta halló el estudio a oscuras. Encendió suavemente la luz. Ante la puerta había un viejo par de zapatillas que él mismo había dejado para no molestar a Bella si llegaba tarde. Se las puso. Ella dormía. Permaneció unos minutos mirándola. Reposaba con los rojizos cabellos esparcidos por la almohada. Se esparcían en ondas curiosamente regulares, como los cabellos de una náyade en una moneda de plata. Un brazo pendía fuera del diván, en uno de esos dramáticos gestos que los niños esbozan tan a menudo cuando duermen. El anillo, que nunca se quitaba, no estaba en su dedo; Akenside lo vió sobre una mesita, junto al diván.

La cama de Akenside ya no estaba en esa habitación. Pocos meses antes, al sentir la llegada de la enfermedad, había desocupado un cuartito, una especie de depósito abierto a la galería que corría a lo largo de un muro. Bendecía la clarividencia que lo había guiado. Ése era ahora su dormitorio; debía alegrarse de estar en él. Pero antes de acostarse necesitaba cumplir una breve tarea. Se acercó a la mesa y tomó una pluma.

“Estimado Martín —escribió vigilando su escritura con cierta dificultad—: Bella y yo deseáramos que viniera usted a cenar con nosotros un día de esta semana. ¿El miércoles, por ejemplo?”

TOM HOPKINSON

C R Ó N I C A S

DE UN SIGLO DE MARXISMO

Hace un siglo, dos profetas mozos, treintañeros, suscribían una convocatoria a los proletarios de todo el mundo. La idea de la *Internacional*, formulada en la exhortación final del documento, no les pertenecía exclusivamente; pero, en cambio, se anunciaba ahí con segura fuerza de profecía. No se había constituido la clase proletaria en una mayoría de zonas en el mundo, cuando el documento incurre en impaciente incitación agorera. En verdad, era el *Manifiesto* y era su exhortación final un hecho europeo, o acaso, con precisión mayor, correspondía a aquellos países europeos que habiendo realizado su unidad nacional, o en trance de realizarla, marchaban por los caminos de las realizaciones capitalistas. El lenguaje de los redactores sólo podía comunicarlos con los núcleos de avanzada, con los encargados de poner las piedras fundadoras dentro de las fronteras del industrialismo. Era el mensaje —entre catecismo dogmático y cartilla popular, más aquello que esto— dirigido a los apóstoles que darían a la confesión un dilatado radio de internacionalidad. La clave principal que el *Manifiesto* exponía, y de la que se servía, en ejercicio decisivo, para explicarse la historia y el desempeño en ella de las instituciones, los pueblos y los hombres, tampoco les pertenecía enteramente. La guerra de clases no es inicial reconocimiento marxista. Los redactores del *Manifiesto* toman esta deducción —avenida hacia la nueva fe— de antiguas advertencias de Moro, Campanella, Morelli sobre las formas de propiedad en relación con los hombres, recompuestas, en esas fechas inmediatas, por los Saint-Simon, Felipe Buona-

rotti y Luis Blanqui. El marxismo nació tributario de la *utopía*. Sobre el descrito panorama de la división de la sociedad, pone Marx este concepto —derivación e inversión de términos hegelianos—: el antagonismo social es la dinámica de la historia.

El *Manifiesto* muestra un método de interpretación y un método de acción. Del primero es llave la visión de la historia como escena de la guerra de clases. Del segundo es coronamiento la idea de la *Internacional*. (Uno y otro elementos no propios, sino, ciertamente, asimilados. En rigor, Marx y su compañero no proceden a descubrir, a revelar; sólo combinan elementos conocidos, los redistribuyen en el curso de una lógica que si bien no se anunciaba dogmática, infundía, en cambio, un aliento dogmático al esperado prosélito.) El método de interpretación se prueba y se confirma en el análisis de las formas de producción, que son las que determinan o condicionan en última instancia —según las aclaraciones muy posteriores de Engels— la manera de vivir, el desarrollo de las instituciones, las concepciones morales, es decir, la vida del individuo y el régimen de la sociedad. En el ejercicio de ese análisis despliegan Marx y Engels su genio científico, y la edad capitalista tiene en ellos su más seguros críticos, sus críticos científicos. Es el gran haber del *Manifiesto*, de Marx y su compañero. Pero aquellos genios científicos, realizados en los momentos del ascenso sorpresivo de la ciencia y la técnica en relación apresurada, habrían de exagerar la dirección científica en el esquema presentado en el *Manifiesto*. (Fue, sin duda, manera de apoyar los anuncios, de ofrecer fundamento a la profecía. O exigencia de la polémica, en la que si fueron lúcidos no siempre se quisieron correctos y, con frecuencia, aparecieron injustos.) Creyeron, con unánime energía, en la ciencia, en su capacidad recreadora. Si les había servido para deducir del análisis de la sociedad capitalista el desarrollo de los procesos futuros de la misma, haría posible incidir lo necesario sobre estos previstos y esperados desarrollos, a través de los que se llegaría —no correspondía la duda— a la realización del socialismo. La ciencia —y con ella su camarada, el progreso técnico— ponía seguridad —rigurosa, profética, dogmática seguridad— en el cumplimiento de la función pensada para los proletarios. La ciencia, que hizo posible el análisis, fundamentaría el método de acción. Cuando Federico Nietzsche lance, como blasfemia, su disidencia (“La ciencia os hará bárbaros”, dijo

en un momento de unánime —de mítica— confianza en la ciencia), el socialismo de fuentes marxistas reconocía en la ciencia fuerza libertadora. Ciencia con verbo de emancipación. Ciencia que prometía —y, acaso, anticipaba— poner al servicio de los hombres y de sus necesidades su ilimitada posibilidad. El progreso técnico-científico saldaría todas las cuentas impagas. La ciencia libertaría. Esperanza socialista. La revolución que modifique el régimen de la apropiación privada sería la rúbrica de un desarrollo previsto científicamente, protagonizado por la ciencia y el progreso técnico, siendo dable, desde entonces, medir sus tiempos, si no fijar sus plazos. Los redactores han escrito en el *Manifiesto* la palabra *inevitable*. “La ruina de la burguesía y la victoria del proletariado —dicen al clausurar el primer capítulo— son rigurosamente inevitables”. ¿Lo dice la fe? No; lo asegura el análisis científico de la guerra de clases. Lo dice la ciencia. Que es la que autoriza a comentar en el *Manifiesto*, en lenguaje de polémica inferior, insuficiente, aquellas concepciones humanitarias —y humanistas—, plenas de emoción por la suerte del hombre, en las que obraba, en primer término, el sentimiento personal de justicia, y que no teniendo sino parcial referencia en las realidades, antes de entonces o a esa misma hora, se quisieron profecía o augurio, alusión o programa de transformaciones urgentes y de armoniosas ciudades futuras. La crítica del *Manifiesto* es para ellas abusivamente implacable, filosamente cruel. Laski la ha juzgado: “en gran parte inexacta y en general injusta”. El *Manifiesto* les señala una clasificación, en la que Engels (*Anti-Dühring*) insistirá: *socialismo utópico*. “El socialismo y el comunismo crítico-utópico —se lee en el *Manifiesto*— tienen una importancia decreciente a medida que aumenta la del movimiento histórico”. Sismondi es un *pequeño burgués*; Proudhon, el representante de un *socialismo conservador o burgués*. ¡Qué rápida la calificación del *Manifiesto*! El esquema científico no consiente juego alguno al margen de él; no consiente el desempeño de la imaginación. Alarde científico. “Cuando más la ciencia procede sin temor y sin prejuicios —advertirá Engels en página propagandista—, tanto más de acuerdo con los intereses y las aspiraciones de los trabajadores”. La ciencia podrá el milagro del socialismo. No cabe duda que asumirá coraje y abandonará prejuicios. ¿Podrían dejarse de cumplir las estaciones indicadas en el esquema

del *Manifiesto*? Ahí está la ciencia en sorpresivo ascenso, y su camarada, el progreso técnico, en hervorosa marcha. El fin de siglo se llenará de asombro científico, del estruendo de la técnica. En la *Crítica del Programa de Gotha* (1875), Marx procurará llevar al convencimiento de los socialistas alemanes, tomados por la influencia perdurable de Lasalle, “que no es posible construir una nueva sociedad como se construye una nueva línea ferroviaria”. Pero Marx no conseguirá ya su propósito. Serán, también, los marxistas, los devotos del *Manifiesto*, catecismo dogmático (el más incompleto, el más circunstancial de los documentos de Marx), quienes creerán, siempre, en la segura simplicidad de las paralelas. Les resultó suficiente el esquema. No hurgaron. No averiguaron. No inquirieron. Desconocieron la compleja organización del hombre, suponiendo a la arquitectura social una línea ferroviaria. Fundamentalmente, desconocieron al hombre, que debía ser —que debe ser— el gran objetivo del socialismo.

En verdad, el mismo Marx del *Manifiesto* no había incurrido, en forma total, en ese desconocimiento. “A la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase —dice el segundo capítulo al terminar—, sucederá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”. Es decir, la empresa socialista se remite al hombre. En casi todos los textos de Marx hay radicado un párrafo que le sirve para saber y reconocer al hombre como agente de voluntad transformadora o como programa de la transformación. Pero la advertencia acerca del hombre se confunde, se pierde y no se recobra con facilidad en el curso absorbente de los esquemas científicos. “Hace años, cuando lo leía sistemáticamente —ha referido Waldo Frank—, tomé en mi libro de apuntes, pasajes paralelos: a la izquierda anotaba trozos que revelaban su sentido poético de la naturaleza orgánica e irreductible del hombre, del principio universal que vive en él y progresa a través de la historia, moldeando sus condiciones en la libertad creadora; en la otra página anotaba los pasajes en los cuales presentaba al hombre como un factor, simple producto del resultado contingente de fuerzas económico-sociales y de sus reacciones reflejas contra ellas.” Si para Marx no se pierde el recuerdo o la enunciación sobre el hombre, se pierde, sin reco-

bración, para los marxistas. Para éstos, la confianza de Marx en la ciencia se traduce en una irracional —a fuer de creerse racional y lógica— confianza en el desempeño del previsto proceso y en su mecánica puntual. El hombre no cuenta. Regresando a la anotación de Frank podemos deducir lo siguiente: le ha ocurrido a Frank lo que a todo estudioso cierto de Marx. Se encuentra con más de un Marx. Con el seguro Marx de la crítica a la arquitectura inicial del capitalismo y con el apremiado Marx de la aventura propagandista, catequizadora. Aquél trabajó con la perspectiva de los grandes hechos. Y se condujo genialmente. El otro es el del esquema insuficiente, el de la polémica inferiorizadora, el que forzó el análisis y puso confusión como para que se crea, en su nombre, que sí es posible construir la nueva sociedad como se construye una nueva línea ferroviaria. Y el marxismo surgió del molde del segundo, desconociendo, a veces con exceso, al primero. Seríamos injustos al ser rigurosos y advertir que el marxismo no es tanto hijo de la verdad de Marx como de su mentira?

La visión de un proletariado encargado por la historia, mediante mandamientos científicos, de recrear las formas sociales, y con supuesta potencia suficiente para cumplir esa misión *inevitable*, se empequeñece en el *Manifiesto* en el momento en que sus redactores exponen —y recomiendan— el programa de la inmediata acción. Desacuerdo entre método y programa. En contraste con aquél, con su alarde científico y la regularidad en los procesos que él anunciaba, el programa de acción se basa en condiciones ocasionales y fija objetivos oportunistas. No propone adiestrar a las clases trabajadoras en jornadas de perspectivas seguras. Adiestrar hubiera sido el programa posible para un proletariado inmaduro, que tenía delante de sí, en primer término, la empresa de constituirse en clase. Marx no alude, tampoco, a cuáles podrían ser los órganos que condujeran hacia esa finalidad esencial y enunciada en el *Manifiesto*. Cuando el proletariado se constituya en clase su órgano será el Estado; pero ¿mientras tanto?, ¿mientras recluta y recuenta sus fuerzas, convoca y prepara a sus hombres, será órgano de conquista —no de realización— el partido político, y camino único el insurreccional? La idea del partido va incorporada, de hecho, en el *Manifiesto*,

y el insurreccional era el camino supuesto para esa hora —era la expresión del 48 europeo—, pero no podía seguir siendo el de un proletariado avisado por el análisis científico de su inevitable y lógica gestión transformadora. No aparece en el *Manifiesto* la palabra *sindicato* (menos la palabra *cooperativa*). La estrategia del documento tiene una sola dirección, que es política; y que habrá de ser —evidentemente— la que resuma, siempre, a las otras; mas en ese momento nada podía resumir, porque las otras direcciones faltaban o eran incompletas. Se advierte Marx que “si todos los movimientos sociales realizados hasta el presente han sido obra de minorías o en provecho de minorías”, el movimiento del proletariado será, por el contrario, “el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en beneficio de la inmensa mayoría”. Subrayemos: movimiento espontáneo de la inmensa mayoría. En el capitulillo de las proposiciones esa afirmación queda desmentida, desautorizada. Las proposiciones corresponden más a las audacias oportunistas de una minoría insurreccional que a un movimiento que, en alianza con la historia, apresurado por la ciencia y el progreso técnico, ambiciona expresarse a través de mayorías. Las proposiciones todo lo confían a la suerte de las insurrecciones, no propias del proletariado, sino de integración nacional y burguesa, de las que se espera derivar, inmediatamente, la revolución proletaria. Estrategia sin autonomía, la insurrección de los obreros dependía del éxito de la insurrección de los burgueses, para luego, acto continuo, sorprender la victoria burguesa con la nueva de que ahí estaba el proletariado para arrebatarse la insurrección y hacerla servir a su interés de clase antagónica. No había en ese Marx programador un sensata medida de las fuerzas. Si la burguesía triunfaba era porque las tenía y el proletariado no había desarrollado las suyas —ni conseguiría improvisarlas en el curso de la insurrección burguesa— porque no se había constituido aún en clase —*clase de por sí*—, porque no había tenido manera de adiestrarse. Lo que no corregiría con una representación prematura de asaltante —bien sorpresivo, sagaz— del poder. Marx no recomendaba al proletariado la victoria, sino la aventura. En el programa de acción del *Manifiesto* hay insuficiencia de órganos de acción para el adolescente proletariado de 1848.

¿Cuándo cederá el mundo burgués? La interrogación es posible frente al lenguaje empleado al final del capítulo primero del *Manifiesto*, donde se supone a la burguesía sin recursos para prolongar la esclavitud proletaria, incapaz para enfrentar el riesgo —*inevitable*— de su desaparición. La gran creadora de *riqueza*, que es la burguesía, resulta ser, con mayor prisa, fragua de *miseria* y *pauperización*. Estas últimas consecuencias se muestran en rigurosa —y veloz— relación directa con respecto a aquella otra condición. A mayor producción de riqueza, mayor pobreza proletaria. Entre la riqueza y el proletariado, su jornalero, hay frontera comunicadora, por la que no se filtra un solo reflejo. El proletariado queda, definitivamente, aislado de su propia obra, y es la pauperización proletaria la que cancelará los poderes de la burguesía. “Esto demuestra que la burguesía es incapaz de seguir siendo durante mucho tiempo —dice el *Manifiesto*— la clase directora y de imponer a la sociedad, como ley imperativa, las condiciones necesarias a su existencia como clase. Está ya incapacitada para imperar, porque no puede asegurar a sus esclavos un modo de vivir que les permita soportar la esclavitud que les impone”. Que coincide con ese otro párrafo del mismo primer capítulo que anuncia que la división se agudiza, día a día, en torno a las dos clases enemigas: “dos grandes clases completamente opuestas”. Y uno y otro párrafos se nos aparecen como deducciones forzadas para alentar el plan insurreccional, ya que no surgen del análisis del desarrollo capitalista. El análisis advierte, en las mismas páginas de ese primer capítulo, que “la existencia misma de la burguesía implica una transformación incesante en los instrumentos de producción, y, por lo tanto, de las condiciones de la producción”, siendo la característica de la época capitalista, como no se dió en anteriores épocas, el “cambio incesante de la producción”. ¿Cómo no suponer —con la lógica del análisis de Marx, no con su menuda impaciencia agorera— que, en el curso de esas evoluciones de las formas capitalistas de producción, no derivarían, necesariamente, nuevas condiciones para la vida de los proletarios y, también, nuevas categorías sociales interpoladas entre las dos grandes clases extremas? El aprovechamiento de las resultantes del progreso de la ciencia y la técnica —los dos poderosos y prometedores personajes en acción—, ese desarrollo de instrumentos y condiciones de producción

anotado, harían más complejo el cuadro social en lugar de simplificarlo con la absoluta polarización. La creación de *riqueza* no presumiría, en relación directa tan aguda, la *miseria* y la *pauperización* proletarias.

Contradictorio Marx. Esa contradicción —cuyos términos son inmadurez proletaria e impaciencia insurreccional, por un lado, y potencias burguesas en pleno desarrollo, por el otro— hace el primer acto de la crisis del marxismo en este siglo que comienza en 1848.

(Concluirá)

DARDO CÚNEO

LA "UNESCO" Y EL ARTIFICIO DE LOS MUNDOS APARTE

Ha realizado la "UNESCO" en estos días un interesante experimento sociológico: por primera vez, un comité de investigadores procedentes de diversos países, y educados en distintas escuelas, ha dado a publicidad un informe sobre las causas que provocan las guerras y la manera de evitarlas.

Intervinieron en el estudio en cuestión los siguientes sociólogos: Gordon W. Allport, de la Universidad de Harvard; Gilberto Freyre, de la Universidad de Bahía; Georges Gurvitch, de la Universidad de Estrasburgo; Max Horkheimer, del Instituto de Investigación Social de Nueva York; Arne Naess, de la Universidad de Oslo; John Bickman, M. D., de la Revista Británica de Psicología Médica; Harry Stack Sullivan, M. D., de la Escuela de Psiquiatría de Wáshington; y el Profesor Alexander, de la Universidad de Budapest.

Sin duda, al conocer la misión encomendada a este grupo, muchos estudiosos, bajo la influencia de las escuelas filosóficas idealistas, habrán negado de antemano validez científica a cualquier conclusión sobre tales problemas. La tendencia nihilista en el campo de la sociología, sistematizada por una supuesta oposición entre las "ciencias naturales" y las "ciencias del espíritu", tiene que haber influido para que la tentativa fuera contemplada escépticamente.

Sucesor de una larga serie de precursores, fué Wilhem Dilthey quién más influyó para que esta pretendida división cristalizara en vastos sectores doctri-

narios. Lanzó la consigna para que tal aparte se produjera, y muy luego resultó que las “del espíritu” empezaron a perder su carácter de “ciencias”. Según el teorizador germano, “las ciencias del espíritu constituyen un todo autónomo frente a las ciencias de la naturaleza”. Además, de la materia al espíritu no pueden establecerse nexos causales, y, como conclusión, “la sociología no es una verdadera ciencia, siendo su tarea insoluble”.¹

Pese a la influencia de tendencias filosóficas tan contrarias a su misión, el informe publicado por los investigadores de la “UNESCO” revela serias conclusiones, muy difícilmente atacables, y debe ser motivo de reflexión para quienes abandonan el acontecimiento histórico al capricho individual de las “personalidades”, o a las decantadas influencias geográficas, defendidas hoy por diversos teorizadores en su reencarnación bajo el nombre de “geopolítica”.

El punto A del informe comienza expresando: “Que nosotros sepamos, no hay prueba alguna indicadora de que las guerras sean consecuencias necesarias e inevitables de la naturaleza humana como tal...” En el punto B se dice: “El problema de la paz es el problema de mantener los estados de tirantez y de agresividad entre grupos y naciones dentro de una proporción de flexibilidad y en forma tal que sea posible encauzarlos hacia fines que sean a la vez personal y socialmente constructivos, de modo que el hombre no trate por más tiempo de explotar al hombre. A esta meta no puede llegarse con reformas superficiales o con esfuerzos aislados. Para ello es esencial que se introduzcan cambios fundamentales en la organización social y en nuestras maneras de pensar”. C: “Si hemos de evitar el género de agresiones que lleva al conflicto armado, debemos, entre otras cosas, planear y organizar el uso del poder de producción y de los recursos modernos de tal suerte que llegue a producirse la máxima justicia social. Las desigualdades económicas, la inseguridad y las privaciones crean los conflictos entre grupos y entre naciones”. Luego de referirse al peligro de los símbolos nacionalistas, dice el informe: G: “La perspectiva de un continuo estado de inferioridad es esencialmente inaceptable para cualquier grupo. Por esta y por otras razones, ni la explotación colonial ni la opre-

¹ Wilhem Dilthey: *Introducción a las Ciencias del Espíritu* (Fondo de Cultura Económica, México).

sión de las minorías dentro de una nación son, a la larga, compatibles con la paz mundial. Como sociólogos, no tenemos prueba alguna de que ningún grupo étnico sea intrínsecamente inferior”.

Aunque deseable, la transcripción completa del informe resultaría demasiado extensa. Pero lo reproducido basta para dar una idea de cuál es la interpretación científica de las causas de la guerra, y tiene peso suficiente como para pedir cuentas a una serie de teorías intuicionistas que han venido predominando, no ya en el campo del periodismo, sino en las propias cátedras universitarias de una serie de países.

La principal de esas teorías irracionalistas con empaque académico, es la tipificada en su hora por Spengler, es decir, la de los ciclos culturales sucesivos y excluyentes, que interpreta el momento que vivimos como una mera etapa de la lucha entre la cultura occidental y la oriental. También Spengler, siguiendo a Dilthey, habla del “universo como historia, comprendido, intuído, elaborado en oposición al universo como naturaleza”. En *La decadencia de Occidente*, que se inicia con una dedicatoria al “esfuerzo bélico alemán”, Oswald Spengler trata de explicarnos que el “alma rusa” no puede comprender el dinero, ni la economía “occidental”; que el ruso, al igual que el japonés, el indio o el árabe, “odia y teme a la máquina”. Informó al mundo que podía predecir la historia, y estableció dos líneas sucesorias: una que va de Alarico y Teodorico hasta Rhodes; otra de Gengis Khan hasta los dirigentes soviéticos de 1917. La interpretación simplista del filósofo teutón se ha vulgarizado ampliamente en las últimas décadas, y con el arbitrio de explicarlo todo en la historia por la influencia de los puntos cardinales y de las razas ha llegado a dominar vastos sectores de prensa y literatura. Ahora, bajo la refundición de Toynbee, la fórmula de “Oriente contra Occidente” se esgrime para dar la explicación de todo, desde el origen de los conflictos nacionales e internacionales, hasta la existencia de teorías del conocimiento disímiles y de opuestas concepciones del arte en diferentes países. Toynbee admite lo que debe a la influencia racista de Gobineau, aunque no responde exactamente a ella, y divide a la especie humana, a lo largo de toda su historia, justamente en veintiuna sociedades. En el momento presente reconoce cinco sociedades, de acuerdo a zona geográficas, y opone la “occiden-

tal" a las otras cuatro: Rusa Ortodoxa, Islámica, Hindú, y del Lejano Oriente, amén de dos sociedades fósiles, a saber: 1) cristianos monofisitas de Armenia, Mesopotamia, Egipto, Abisinia, y los cristianos nestorianos del Kurdistán y Malabar; 2) Budistas Lamaístas, Mahayanios del Tibet y Mongolia, y Budistas Hinayanios de Ceilán, Birmania y Siam, así como Jainos de la India. Encara estas sociedades con criterio biológico, recordando expresamente a Bergson, y se une así a las concepciones organicistas de Spengler. Como éste, formula a lo largo de centenares de páginas infinidad de citas al azar, pecando de exceso de pruebas para una teoría que no puede tenerlas. Con sus propias palabras, "salta de Saint Simon a Empedocles", y en la misma página trata la lógica china y en seguida el Fausto, etc. Parece sostener que la combinación de "raza" y "medio circundante" es el motor de la historia. Niega expresamente la unidad de la civilización, y hace arrancar a cada "sociedad" actual de una desaparecida "afiliada". Dentro de esta concepción, los grupos humanos en guerra adquieren carácter de eternidad.¹

Claro está que si los métodos científicos no tuvieran cabida en el mundo social, esta explicación podría aventurarse con el mismo derecho que cualquier otra igualmente arbitraria. Pero si los investigadores de la "UNESCO" están en lo cierto, es decir, si las leyes de la sociedad pueden alcanzar un grado de exactitud elevado y tener validez universal, no se ve cómo la teoría de "Oriente contra Occidente" puede reclamar un sitio entre los sistemas de ideas dignos de un detenido estudio y de una difusión enciclopédica desde cátedras y libros.

Muy desigual es el cotejo entre el sobrio informe de la "UNESCO" y las monótonas enumeraciones de fechas y lugares geográficos, de batallas y fundadores, que colman los libros del "occidentalismo". La interpretación intuitiva de la historia en modo alguno puede sostenerse cuando se le opone un estudio responsable de las causas del malestar del mundo, pues son factores económicos, sociales, políticos y culturales susceptibles de una exacta comprobación los que inciden en los problemas humanos, y en ellos nada tiene que hacer la "geopolítica" que como doctrina oficial fué probada por el Tercer Reich con el resultado conocido.

¹ Arnold J. Toynbee: *A Study of History* (Oxford University Press, London).

En el informe de la "UNESCO", aunque no en forma completa ni exhaustiva, se detallan las causas de la guerra y se da una guía para su eliminación. Una vez leído, no puede concebirse qué argumento habría de traerse a colación para defender la hipótesis de los dos mundos aparte, el Oriente y el Occidente, con sus respectivas "psicologías" inconciliables y la necesidad "cósmica" de hacerse mutuamente la guerra para conseguir la hegemonía del mundo sobre las ruinas de la otra mitad.

HERNÁN RODRÍGUEZ

Notas de Libros

ENSAYOS, NOVELA

GUILLERMO DE TORRE: *Valoración literaria del Existencialismo*. (Ollantay, Buenos Aires, 1948).—

Entre dos peligros oscila nuestra realidad literaria: por un lado, la alegre despreocupación de toda labor informativa, el menosprecio del "dato", como cosa propia de pedantería erudita, y por el otro una supervaloración del acervo estadístico que juzga suficientemente resuelta una cuestión cuando ha quedado reducida a dos o tres "papeletas" debidamente catalogadas en el lugar correspondiente de un archivo. Improvisación contra academismo, anverso y reverso de una misma falsa moneda no respaldada por ningún valor de cultura viva.

Equidistante de ambas negaciones, Guillermo de Torre es entre nosotros un ejemplo cumplido del estudioso que sabe desde el principio que el estudio no es un fin en sí, que la "papeleta", utilísima como apéndice impersonal de la memoria, no puede suplantarse a ésta en cuanto función vital, pero que al mismo

tiempo ninguna labor de auténtico conocimiento puede quedar librada a los azares de la improvisación, por más inspirada que ésta pueda parecer.

Su reciente ensayo sobre *Valoración literaria del existencialismo* lo prueba acabadamente, tanto por el acopio de información que rezuma de la brevedad compendiosa de este volumen, como por su actitud a la vez objetiva y comprensiva del tema que encara. Comprensión que no siempre es simpatía, pues resulta evidente la actitud anti-existencialista de Guillermo de Torre, pese a su natural admiración por Jean-Paul Sartre novelista.

Quiero señalar, dentro de la brevedad de esta nota, una ligera contradicción que proviene de esa mencionada actitud anti-existencialista. Puesto a restarle méritos de auténtica novedad, de Torre señala con su habitual agudeza todos los precedentes reconocibles del existencialismo sartriano, desde la línea Kierkegaard-Heidegger, en lo puramente ontológico, hasta el deslumbrante sendero en las tinieblas que para lo literario marcaron como hitos fundamentales Dostoiewski y Kafka, sin olvidar a los más recientes novelistas norteamericanos y rindiendo lo que él llama —con toda justicia— el “Homenaje a un adelantado” debido a nuestro Benjamin Fondane, ex-colaborador de Sur, a quien los nazis hicieron perecer en una cámara de gases. Pero luego de haber filiado históricamente al existencialismo, señala el autor en el capítulo de cargos (la filiación en rigor no es un cargo, sino que en el caso de ser auténtica más bien resulta una ejecutoria), lo que él llama “cierta equívoca relación germánica: sus peligrosas relaciones con el nazismo a través de Martín Heidegger”, derivadas de que ambas tendencias, existencialismo y nazismo, “tienen un tronco común: el irracionalismo”. La actitud no ya equívoca, sino claramente escandalosa de complicidad con el nazismo de Martín Heidegger, es cosa que le atañe a él de modo personal, y con absoluta prescindencia de su doctrina filosófica. El irracionalismo, como posición básica, es de tan amplísima latitud, que no me parece prudente hermanarlo a las ideologías, y menos aun a las posiciones morales que partiendo de él pueden luego divergir de fundamentalísima manera. Irracionalista fué Fondane —el mismo de Torre lo reconoce—, irracionalista Kierkegaard, irracionalista frenético don Miguel de Unamuno, para quien el ensayista reclama con sobrados motivos su inclusión entre los más evidente precursores del exis-

tencialismo. ¿Habrá entonces que responsabilizar a quien llamó “cochina” a la lógica, y por lo tanto a la razón, de las infamias nazis? Frente a esta contradicción flagrante sólo caben dos salidas: la primera es la de invalidar todo el árbol genealógico del existencialismo, tan hábilmente trazado por Mounier que lo hace arrancar nada menos que de Sócrates, los estoicos, San Agustín y San Bernardo, y completado por Guillermo de Torre en lo que atañe al lado hispánico con el ya citado Unamuno y Ortega y Gasset. (¿Y por qué no añadir, asimismo, la voz tremolante de existencialidad de León Felipe?) La segunda consiste en no atribuir un valor excesivo a la aparente coincidencia teórica en el irracionalismo (¿Hay un solo irracionalismo? ¿No sería el de los nazis, más bien, un antirracionalismo?) de una escuela literaria como es el existencialismo y una forma de la delincuencia como sigue siendo el abatido pero no extirpado nazismo. Me parece que ésta última solución es la cierta. Creo que Guillermo de Torre, que con tanta acuidad sabe penetrar a través de los fenómenos literarios, se ha dejado esta vez enturbiar la visión por sus muy explicables prevenciones ante la actitud política incalificable de Heidegger, a quien, en fin de cuentas, y desde el punto de vista literario, sólo liga con el existencialismo francés el usufructo de esa palabra, cuya paternidad ni siquiera le pertenece.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

NUEVAS TENDENCIAS DE LA NOVELA POLICIAL

Es sabido que la novela policial arquetípica no actúa sobre nuestras facultades evocativas o sentimentales; sus personajes son necesarias convenciones, términos de referencia, signos cuya cambiante disposición gravita sobre el “conjunto” narrativo. En esta órbita de creaciones, lo importante es el gradual, el despacioso esclarecimiento del misterio, vale decir, el preparado desconcierto del lector. En *La bestia debe morir* —pongamos por caso— lo menos atrayente es el destino de su perturbado y sagaz protagonista. Siempre ocurre lo mismo allí

donde el prejuicio de la verosimilitud no es condición necesaria, allí donde la trama concebida por el narrador es más importante que los elementos que sostienen o alimentan esa trama. Los riesgos que sobrelleva dicho género son los inherentes a toda empresa que reclama un elevado *quantum* de invención y que puede ostentar sus convenciones sin menoscabo de los fines hacia los cuales se orienta. Como nadie lo ignora, la novela policial no se identifica con la Vida y, en consecuencia, quienes la cultivan pueden substituirse a sus criaturas para deslumbrarnos con los artilugios, las coartadas y las sorpresas de su artera inventiva. Las relaciones cuentan más que las intenciones o los caracteres. El orden de los sucesos, el juego funcional de los acontecimientos, la mecánica de las causas y de los episodios, no reconocen más leyes que las impuestas por el novelista. La materia de tales obras se nos muestra tanto más apagada y desvaída cuanto más visibles son los poderes imaginativos de su autor. Innecesario es subrayar que esta privanza o antelación es menos acentuada en las novelas que acceden a lo verosímil y lo real.

Las normas ya seculares que presiden el género han sufrido algunas gratas infracciones que parecen abrirle nuevas y dilatadas perspectivas. En los últimos años se han multiplicado los tratantes de misterios policiales que se complacen en la presentación de almas complejas y en el análisis de rasgos psicológicos. Hacia las páginas finales, allí donde las organizadas sombras pierden su inicial soberanía, percibimos la importancia decisiva de las tendencias y propensiones íntimas de los personajes. *El ministerio del miedo*, obra que escruta un singular destino, es dechado y símbolo de los gustos creadores que siguen estos cauces. Reconocemos que la intervención de lo psicológico puede significar fertilidad y riqueza; en cambio, resulta menos justificable el advenimiento de personajes aluvionales y tardíos. Ese lento acarreo, cuya gratuidad nada tiene de plausible, franquea eventuales salidas a más de un reciente cultor de dicho género literario. En la citada novela de Graham Greene, ya muy crecida la narración, aparecen médicos temerarios, militares propensos al análisis y *detectives* superrealistas. Un criterio ortodoxo aconseja presentar de entrada todos los términos del problema. Por lo demás, las desgracias que persiguen al héroe generado por Graham Greene se deben a un azar, a un equívoco, a un hecho fortuito: su

buena fortuna en cierta rifa de beneficencia. En el mundo que tenemos por concreto y que juzgamos irrefutable, toda causa se ramifica y eslabona hasta confundirse con el azar, pero si las responsabilidades se diluyen en el inagotable universo, las sentimos necesarias en la esfera del arte —cuyas simplificaciones le conceden eficacia y validez— y, por lo tanto, podemos exigirle justificativos al novelista. Creemos, con un sensato margen de zozobra, que el máximo de sorpresa dentro del máximo de lógica constituye el doble y constante deber de tales narradores.

Verdicto de doce, excelente novela semipolicial de Raymond Postgate¹, se inscribe dentro de la tendencia innovadora y conjuntiva que dejamos señalada. Su primera parte es una cuantiosa y sorprendente galería de caracteres, una heterogénea y vivaz sucesión de intimidades. En concisas páginas, Postgate nos presenta los doce integrantes de un jurado popular que habrá de absolver o castigar a la presunta autora de un crimen. No son pocas las obras policiales en que advertimos un sutil escamoteo de antecedentes, una ilícita y desmesurada región de sombra. Con frecuencia, ignoramos el infierno preliminar y el “cielo anterior” de los personajes decisivos, cuyas experiencias lejanas —importantes dentro de la economía general de la narración— son reveladas con morosidad extrema, cuando es preciso obtener un violento efecto resolutorio. Ya sobre el desenlace de *¡Oh envoltura de la muerte!*, conocemos el operante pasado sentimental de Fergus O'Brien, el destruido protagonista que cambió de nombre para evitar que lo identifiquen, y que ha colaborado con Schopenhauer y con su eventual asesino. En los últimos estadios de la hermosa novela *En acecho*,² sabemos que el repugnante artista Purefoy, a quien persigue con excepcional inteligencia el coronel Gore, adoptó ese patronímico para afianzarse en el crimen y en la impunidad. Nos aventuramos a suponer que la sola ocultación fonética no es recurso literario aconsejable. Postgate no especula con esas dilaciones para defender su enigma y prolongar la expectativa del lector.

Los personajes de quienes pende el veredicto juzgan en función de sus an-

¹ Colección “El Séptimo Círculo” (Emecé, Buenos Aires, 1948).

² Compleja obra de Lynn Brock, que pertenece, como las anteriores, a la misma colección.

tecedentes, de sus hábitos profesionales, de su buena o mala fortuna. Fervoroso lector de Marx, pero también capaz de ironía, Postgate nos propone un jurado que aspira a ejercitar una objetividad forzosamente ilusoria: sus integrantes son maniobrados por las más variadas circunstancias. Si bien es cierto que los miembros de ese típico tribunal inglés dejan traslucir su pasado en cada una de sus opiniones, también es evidente que el novelista subraya la interacción, la influencia recíproca a que se hallan sometidos. Mediante el uso de procedimientos indirectos, el autor arriba a conclusiones de orden general que aparecen felizmente atemperadas por la amenidad persistente del estilo y por el interés que promueven las fluyentes escenas. Según Postgate, el medio social determina y encauza las operaciones del espíritu, sin exclusión de las más diferenciadas y singulares. Toda obra humana es obra colectiva, lo que no apareja, claro está, el deshaucio del arbitrio privado y de la responsabilidad personal. La imponente docena de personas que ha de resolver si Rosalía van Beer es punible, no se aparta de los prejuicios y de las creencias que confluyen sobre la conducta de todos los hombres. La gravitación del pasado se realiza y manifiesta en sus individuales opiniones. Ello no obstante, en el momento final, cuando es preciso absolver o condenar, la presión involuntaria de unos sobre otros, el singular estado de espíritu que engendra toda concurrencia de voluntades, la intervención de lo fortuito y lo casual, la eficacia o el infortunio de una frase azarienta, señalan nuevos rumbos a las conciencias y pesan sobre el importante veredicto. En un ambiente de indecisión, como náufragos en trance de adoptar un arbitrio supremo, los jurados se ayudan y acompañan para olvidar su desconcierto, para sentirse menos espectrales y falibles.

Aunque es dable imaginar que, ya conocidos los caracteres, podemos prever el desenlace y anticipar las soluciones, dicha conjetura sólo puede fundarse en una concepción mecánica de la novela que no se aviene con el régimen de sorpresas de la narrativa policial y que tampoco se desconcierta con las ideas estéticas y sociales de Postgate. Pese a ello, cabe afirmar que los mayores atractivos de esta obra generosa y sombría dimanar de los caracteres, de las variadas almas que la sustentan. Lo determinado y lo imprevisto se desposan con sostenida fortuna en sus emocionantes páginas.

De algún modo, la acusada Rosalía van Beer es hija de sus humillaciones y espeja el ambiente sórdido en que se ha formado. Poco accesible al pánico, fácil para el vino y las peleas y capaz del odio inmutable, obra de manera que los planes confusos y pueriles de su sobrino, que se propone envenenarla, se vuelvan contra él. Los actos de una y otro, aunque tienen opuestos objetivos, forman una trama o dibujo de bien concertadas líneas, una figura cuyo ajuste y armonía trae el recuerdo de Plotino.¹ A un tiempo blasfematoria y firme, Rosalía espera el fallo del jurado, que se dilata con exceso, mientras las horas sombrías discurren por los temibles relojes.

No es la mujer inculpada el único tipo humano digno del recuerdo. Postgate se destina al acierto cada vez que describe a los miembros del jurado. El profesor Holmes, que compulsaba viejos manuscritos y versiones adulteradas de los clásicos —disciplina en que intenta apoyarse para esclarecer el caso— es resueltamente inolvidable. También A. Popesgrave, que en su juventud profesó la rufianería y a quien el éxito trajo honradez y buena voluntad, se nos revela magistralmente construido. Francisco Allen, hombre feliz en quien se notan los benéficos retoques de Oxford, es otro venturoso esfuerzo del novelista. El amor, la poesía de Auden y las tesis de Marx fortalecen el espíritu de Allen, personaje que vive —*loin des appas mondains qui trompent les plus fins*— para los libros y para la dicha conyugal. Otra notable criatura es la hirsuta Victoria Atkins, cuyos lejanos infortunios gravitan por un momento sobre el ánimo de los conjuces. La espectabilidad y las rentas que percibe la hicieron digna de juzgar, y en verdad merece la judicatura porque años atrás ha matado: su crimen nunca tuvo recompensa, nunca fué castigado. Obstinada y dura, se pronuncia por la condena, pero la vehemente intervención de un colega que padece delirios místicos anula su justo pronunciamiento. Se trata de una escena singularmente intencionada y pintoresca, de una escena por donde circula el más afortunado humor. “Yo sé”, dice con acritud la asesina recóndita. Pero la interrumpe el

¹ Escribió con espíritu arquitectónico y piadoso: “Alguien te daña, ¿qué hay en ello de terrible para la zona inmortal de tu ser? Otro te asesina: era justamente lo que anhelabas”. (Enéadas, II). Recordemos también al armónico Leibniz. Y al poderoso racionalista Hegel, que desde su “Filosofía de la Historia” nos atemoriza con un inmenso plan sucesivo a cuya realización han de someterse o sacrificarse todas las existencias individuales.

bienaventurado que recibe sobrenaturales visitas. “¿Qué sabe usted de asesinatos?”, le pregunta vehemente, quizás convertido en juez de ese juez. “Sentía que despertaba en él una de esas remotas iras que había tenido antes de conocer la luz divina. Los otros podían discutir, conjeturar o andar a tientas en las tinieblas. Sólo él, Eduardo Bryan, *sabía*.” Y su eficaz perturbación hace posible la unanimidad benigna.

Nos hallamos ante una evolucionada y cismática novela policial donde no hay rastreadores ni *detectives*, donde sólo funciona un mecanismo jurídico que dispensa de toda culpa a la siniestra Rosalía van Beer. La acción se cumple en ámbitos que a menudo son desagradables y con frecuencia horribles, pero es sabido que la sordidez y el horror, en sí mismos capaces de abatir las almas, son traducibles en valores estéticos. Por lo demás, innecesario es volver sobre los distinguos —*Les malheurs de Troie ont plu dans mes ouvrages*— que separan la experiencia directa de la experiencia artística.

Novela pródiga en aciertos y colmada de flecheros hallazgos, *Veredicto de doce* deja percibir el múltiple poderío de su autor y satisface las más difíciles esperanzas. Las justas observaciones y los admirables “retratos” que integran su contenido, a la vez que potencian y acrecen el interés que suscita su argumento, generan un estado de ventura estética que, en virtud de los elementos que la promueven, constituye una ofrenda inusual, una dádiva asombrosa.

CARLOS MASTRONARDI

CALENDARIO

TRÓPICO DE CAPRICORNIO. — Extensos fragmentos de esta obra autobiográfica de Henry Miller, en *Ciclo*, revista bimestral cuyo primer número acaba de aparecer. Colaboraciones de Georges Bataille, René Char, Ernesto Rogers, André Breton, Moholy-Nagy, Elías Piterbarg, Aldo Pellegrini, Pichon Rivière, W. Baranger, David J. Sussmann y Edgar Bayley.

MONSTRUOSA INMORALIDAD. — Así escribía Maurice Nadeau en *Combat*, en un número del año 46, a propósito de Miller. En su colaboración de *Ciclo*, Georges Bataille, director de *Critique*, comenta: "Pero sin duda alguna, y Nadeau ciertamente lo admitiría, éste es sólo un aspecto superficial. Libros tan singulares, que parecen hechos a propósito para provocar malentendidos (su obscenidad, que les procura lectores, no es sino un vacío necesario; sus "momentos elevados" parecen a algunos fáciles y logomáquicos), merecen que se los relea con atención después de un primer contacto. Este "monstruo de inmoralidad" es también un santo, y su inteligencia de vendaval, que a veces acoge verdades demasiado blandas, descubre a menudo con brusquedad relampagueante los secretos más ocultos. Estos libros, en verdad, deben ser leídos como si el autor los hubiera concebido "en busca del valor moral perdido", pero, como en el caso de Proust, su búsqueda en nada se diferencia de la vida. Tienen sentido en la medida en que se reducen a la expresión

de la vida, desde la infancia hasta la época en que fueron escritos."

SURREALISMO 1948. — Crónica de E. Piterbarg, en la misma revista. Entrevistas con el Pontífice y los Cardenales. Entrevistas con algún Obispo Protestante. "Bretón afirma que es imposible toda conciliación con el mito stalinista. Cree firmemente que éste es el enemigo ideológico número uno del surrealismo. Alude al desprecio con que el mismo Lenin se refirió a cierta poesía e insiste en que el stalinismo es la negación absoluta de la poesía. Cree Bretón que "en la flor del marxismo debe de existir algún gusano" que puede explicar la degeneración de la revolución rusa, y no acepta que pueda ser el resultado de una fatalidad histórica como lo sería la inevitable deformación que todo acto impone a una teoría. Además —añade— todo eso de la historia burguesa o marxista "est une connerie". Así es que, si bien acepta la importancia del factor económico, no va más allá, y mucho menos lo puede creer único o fundamental.. Se bairajó la posibilidad de un nuevo movimiento, por ejemplo el R.D.R. (Ressemblément Démocratique Revolutionnaire) fundado por Rousset y Sartre, que se declara revolucionario actuante y anti-stalinista. Pero estuvimos de acuerdo en que tales movimientos, organizados desde arriba, no tienen posibilidades de llegar a las masas..."

¿Hay o ha habido algún movimiento de masas que no haya sido organizado desde arriba?

SOBRE LA ABSTRACCIÓN. — En el número 2 de la revista peruana *Las Moradas* dice André Masson: "Se habla mucho de abstracción a propósito de la pintura contemporánea. Yo no sé cómo se las arreglan los críticos para decidir el punto en dónde la abstracción comienza, en dónde termina, en una obra de arte. Tal vez le será permitido a un pintor sugerir que ese vocablo debe ser reservado para las querellas metafísicas: en ese dominio, que le es propio, la tal noción ha provocado brillantes controversias desde Aristóteles hasta Husserl y Whitehead."

LOS DIARIOS DE KIERKEGAARD. — En la misma revista, varias páginas de *Los Diarios* del pensador danés, en una versión castellana hecha sobre la edición inglesa de Alexander Dru. Pertenecen a la época que va desde 1834 hasta 1842. He aquí algunos fragmentos:

"Existe un cierto tipo de metafísico que, cuando no puede ir más lejos, se toma a sí mismo por la nuca, como Münchhausen, y produce algo *a priori*."

"Acabo de volver de una reunión, de la cual fui la vida y el alma; el ingenio fluía de mis labios y todos se reían y me admiraban —pero los dejé— y el guión debía ser tan largo como la órbita terrestre — y tenía deseos de pegarme un tiro."

"El proceso de rumia hegeliano con sus tres estómagos, primero lo inmediato, luego elevado de nuevo, luego derrumbado otra vez, quizás un futuro Maestro pueda continuarlo con cuatro estómagos, etc., elevado de nuevo, otra vez derrumbado. No sé si el Maestro entiende lo que quiero decir."

"No es sino un disparate el que uno escriba para su época; no es así como pasan las cosas. En un principio una o dos personas se vuelven locas, según la importancia de la idea (estoy seguro de que había copernicanos en todos los maniconios antes de Copérnico); luego viene un gran espíritu y entiende la idea; pero no es comprendido por sus contemporáneos. Después la idea aparece como por magia en muchas gentes y acaba en trivialidad."

"Aquellos que han sobrepasado a Hegel son como las gentes que viven en el campo y deben recibir sus cartas por la vía de una gran ciudad; en este caso la dirección es: N. N., vía Hegel."

"La paradoja es en realidad el *pathos* de la vida intelectual, y así como únicamente las grandes almas se hallan expuestas a las pasiones, sólo el gran pensador está expuesto a lo que yo llamo paradojas, las cuales no son otra cosa que grandiosos pensamientos en embrión."

GENIOLOGÍA. — Este vocablo fué introducido por Oswald en el idioma alemán, en 1909. En el número 3 de *Las Moradas*, E. Solari Swaine, discípulo del profesor Lersch, de Munich, nos ofrece una síntesis de lo que es esta nueva ciencia inventada por los alemanes. No se pretenda, por ello, que la geniología descifre el secreto del genio, ya que en ese caso habría que exigirle a la teología que descifre el misterio de Dios. Pero parece que se le puede pedir muchas cosas: un análisis objetivo de la genialidad en todos los casos concretos en que se ha presentado y ciertas conclusiones generales. El problema del genio puede ser estudiado

desde puntos de vista muy variados. En el artículo se encontrará un excelente sumario del estado actual de la cuestión. Quizá los aspectos más interesantes son el psicopatológico, el racial, el genético y el biotipológico:

“Algunos psiquiatras predicaron que la genialidad es locura. Muchos hicieron, inclusive, diagnósticos clínicos de genialidad... En cuanto a ciertos tipos de psicopatía y a ciertos estadios prepsicóticos o de incubación, creo que puede considerárseles como factores fundamentales de productividad.”

“Kretschmer ha hecho el saludable ensayo (inspirado en las atrevidas tesis de Reybair) de colocar el mapa cultural de Europa (lugar de nacimiento de sus grandes hombres y posición geográfica de los monumentos perennes de su cultura) sobre el mapa racial, llegando a la conclusión de que los accidentes del mapa cultural coinciden ampliamente con las zonas de mezcla de razas.”

“Algunas familias, por combinaciones selectivas durante su génesis, logran llegar a un alto nivel de talentos especiales. Estas familias parecen ser un suelo fecundo para la aparición del genio. Sirva de ejemplo el caso de Regina Burkhardt-Bardilli, de la que descienden, entre otros, Schelling, Uhland, Morike y Hölderlin; o los casos de Beethoven, Bach, Couperin, Rameau, Mozart, Palestrina, Vivaldi y otros célebres músicos; o las grandes familias de matemáticos, como la Bernouilli, o de pintores, como la Tiziano... Una familia de talentos seleccionados, que comienza a degenerar, a causa de mezclas, en su curso biológico, o

de elementos diferentes que conducen a armonías marginales, es el clima más propicio para la aparición del genio.”

Otro capítulo, en el que las más valiosas aportaciones provienen de Kretschmer, es el del análisis biotipológico del genio... En el campo de la ciclotimia encontramos geniales del tipo realista y del humorista. Estos grupos están determinados por una acentuada predilección por las formas pícnicas y por una ligera inclinación hacia los trastornos del tipo maníaco-depresivo... Una variante sería la sobriedad anecdótica y epigramática del estilo, que podría considerarse como una forma de transición hacia el sarcasmo, la ironía y la sátira, donde nos encontramos ya en un ambiente francamente esquizotímico... Igualmente se hallan componentes esquizotímicos en el grupo de los humoristas sentimentales... En el polo de los temperamentos poéticos esquizotímicos, nos salen al encuentro los grupos de los patéticos, los románticos y los estilistas de las formas: es el idealismo en forma y contenido. Junto con una manifiesta predominancia de las formas leptosomáticas, hallamos aquí una tendencia a la esquizofrenia (Hölderlin)... así como a los trastornos clínicos que están en relación con la esquizofrenia (tuberculosis: Schiller, Novalis, Chopin)... Lirismo, dramatismo, tragedia, epopeya, idilio, helado formalismo, bohemia desenfrenada: todo ello florece a la sombra de la esquizotimia... Cabe aquí señalar las pretendidas relaciones entre el expresionismo y la esquizofrenia... En el terreno de los filósofos y científicos... encontramos del lado de la ciclotimia, los descriptivos y los empíricos; del lado de la

esquizotimia, los teóricos, los abstractos, los metafísicos y los sistemáticos...”

HUXLEY Y EL CONGRESO DE WROCLAW. — La Unesco acaba de distribuir una declaración hecha por Julian Huxley a su regreso del “Congreso Mundial de Intelectuales”, celebrado en la ciudad polaca de Wroclaw. Dice, entre otras cosas: “No hubo verdaderas discusiones. La mayor parte de los oradores presentaron temas estrictamente marxistas de los grandes movimientos actuales o violentas polémicas sobre la política o la cultura americana y occidental... No firmé la resolución final sometida al Congreso. No hace ninguna mención de los diversos factores que engendran las guerras; lanza casi exclusivamente la responsabilidad de la actual tensión internacional sobre “un puñado de hombres movidos por el interés, que han heredado en Europa y América la ideología fascista, racista y antiprogresista, y que adoptaron métodos fascistas, buscando en la fuerza armada la solución de todos los problemas.” En ese punto, como en otros, la resolución me parece tendenciosa e infeliz...”

¿BIÓLOGOS FASCISTAS? — Viene al caso la renuncia de varios biólogos de fama internacional, como Herman Miller, a la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, y que, con tal motivo, han sido luego acusados de “estar al servicio de la banda de forajidos fascistas que prepara la guerra contra la patria de Stalin”, según reza la resolución.

Los antecedentes del conflicto son los siguientes: El profesor ruso Antón R. Zhe-

brak, genetista soviético de renombre mundial, sostenía la teoría de Morgan-Mendel, teoría que constituye el fundamento de toda la biología contemporánea, teórica y aplicada. Últimamente, al mismo tiempo que limpiaba la filosofía, la música, la literatura y la pintura, el Comisario Zhdanov decretó la perniciosa índole contrarrevolucionaria del mendelismo. Inmediatamente *Pravda* denunció al profesor Zhebrak y exigió la abjuración. El profesor, en una carta al diario oficial, declaró: “Como miembro del Partido no considero que me esté permitido abrigar opiniones que han sido declaradas erróneas por el Comité Central.”

Con la capitulación de Zhebrak, las verduras, flores y animales soviéticos comenzaron a crecer y a multiplicarse según la concepción materialista-dialéctica, reservándose los derechos mendelianos más allá de las fronteras de la madre patria.

La Academia expulsó inmediatamente a los biólogos recalcitrantes o no demasiado entusiastas en sus abjuraciones: el fisiólogo L. A. Orbeli y el morfológico I. I. Schmalgauzen; liquidó un laboratorio de citogenética y acusó a su director, al mundialmente famoso N. P. Dubinin, de adoptar “doctrinas putrefactas”; al mismo tiempo, resolvió que se reescribieran todos los textos y los programas de enseñanza. Finalmente, dirigió un telegrama a Stalin, en estos términos: “Usted, nuestro querido jefe y maestro, ha ayudado a los sabios soviéticos a desarrollar nuestra progresiva ciencia materialista que sirve al pueblo en todos sus trabajos y conquistas, una ciencia que expresa los ideales y los elevados propósitos del hombre de la nueva sociedad socialista.”

A raíz de estas medidas y de estas declaraciones, varios sabios extranjeros, como Miller, elevaron su renuncia de miembros correspondientes, siendo acusados a continuación como "agentes y degenerados cómplices de la bazofia internacional que prepara la guerra contra la Unión Soviética y contra su genial conductor y amado jefe Stalin."

MALOS Y BUENOS JUDÍOS. — Un cronista de *Lettres Françaises* llevó a cabo una en-

cuesta entre 548 antisemitas.

—¿Es usted antisemita? — fué la primera pregunta.

—Sí — contestaron todos.

—¿Por qué?

—Por esto, por aquello y por lo de más allá.

—Sin embargo ¿alguno de sus mejores amigos es judío?

—Sí —respondieron los 548—, porque mi amigo es esto, aquello y lo de más allá. Usted sabe..., no es como los demás judíos.

ÍNDICE

<i>Elio Vittorini: Conversación en Sicilia</i>	7
<i>Rosa Chacel: Baudelaire y el "Baudelaire" de Sartre</i>	17
<i>Jorge Calvetti: Habla un soldado de la conquista</i>	35
<i>Tom Hopkinson: Encuentro en el crepúsculo</i>	37

CRÓNICAS:

<i>Dardo Cúneo: De un siglo de marxismo</i>	63
<i>Hernán Rodríguez: La "Unesco" y el artificio de los mundos aparte</i>	70

NOTAS DE LIBROS:

<i>Eduardo González Lanuza: Guillermo de Torre: "Valoración Literaria del Existencialismo"</i>	74
<i>Carlos Mastronardi: Nuevas tendencias de la novela policial</i>	77
CALENDARIO	82

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegro o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 246.807
Título de marca N° 229.356*

ESTE CIENTO SETENTA Y UN NÚMERO DE
"SUR" SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
VEINTE DE ENERO DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y NUEVE
EN IMPRESIONES EL INDIO,
CÓRDOBA 2240, BS. AIRES